
Vacio
Siniestro
JOE BENNETT
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Table of Contents

Vacío siniestro

- CAPÍTULO I
- CAPÍTULO PRIMERO
- CAPÍTULO II
- CAPÍTULO III
- CAPÍTULO IV
- CAPÍTULO V
- CAPÍTULO VI
- CAPÍTULO VII
- CAPÍTULO VIII
- EPÍLOGO

Notas a pie de página

Annotation

Al fin habían logrado localizar al enigmático ser que durante tanto tiempo mantuvo en vilo a los cinco tripulantes de la espacionave. Nunca consiguieron verle y por ello, a causa del misterio, llegó a trastornarles tan profundamente que entre ellos nació la enemistad, la desconfianza y el temor.

Pero el temor fue lo peor de todo, lo más nefasto. Acabó agarrotándoles física y moralmente. En el espacio interestelar, surcando la ruta emprendida en la Base que la COMPAÑÍA MINERA PLANETAL tenía establecida en Ganímedes -el frígido satélite de Júpiter, cualquier amenaza es siempre tenebrosa.

Vacío siniestro

Joe Bennett

Cautivos del espacio

Luchadores del Espacio, 123


JOE BENNETT
VACÍO
SINIESTRO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
DEPÓSITO LEGAL V. 1.024 —1958.
EDITORIAL VALENCIANA —VALENCIA

CAPÍTULO I


VACIO SINIESTRO
JOE BENNETT

CAPÍTULO PRIMERO

Muerte cerebral

Al fin habían logrado localizar al enigmático ser que durante tanto tiempo mantuvo en vilo a los cinco tripulantes de la espacionave. Nunca consiguieron verle y por ello, a causa del misterio, llegó a trastornarles tan profundamente que entre ellos nació la enemistad, la desconfianza y el temor.

Pero el temor fue lo peor de todo, lo más nefasto. Acabó agarrotándoles física y moralmente. En el espacio interestelar, surcando la ruta emprendida en la Base que la COMPAÑÍA MINERA PLANETAL tenía establecida en Ganímedes —el frígido satélite de Júpiter, cualquier amenaza es siempre tenebrosa.

El profesor Kerman perdió su pila eléctrica, sin que ninguno de los cuatro restantes intervinieran para nada en ello. Leo Carvel, aquel individuo jovial y hablador, varió radicalmente de carácter después de sufrir el «accidente» en el elevador ultrarrápido que bien pudo serle fatal. Y en cuanto a Estrella Malkon, la hermosa licenciada en mineralogía, protegida personal del directorio, fue la primera en gustar los horrores de la presencia de la «cosa», nombre impreciso con el que designaron hasta entonces a la forma viva, y maligna, que se había introducido en el vacío bloque de uranio que Lino Fox encontró en la sala catorce[1].

Por la joven conocieron los primeros detalles concretos. Al principio lo asociaron a la pesadilla que la aterrorizó. Pero no se trataba de una pesadilla, sino de un «hecho real». ¡La «cosa» había penetrado en su cámara, tendiendo hacia ella los viscosos brazos tentaculares! ¡Acaso pretendió estrangularla y destrozar su hermosa figura en medio de atroces suplicios! ¡Quién podía afirmar lo contrario!

«Nadie», pensó Bill Sanders, estremeciéndose. «¡Y si a ella le hubiese ocurrido algo irreparable, yo…!»

El piloto interplanetario, jadeante por la contenida emoción que inundaba su pecho, se interrumpió antes de completar la frase mental. Se encontraba en el umbral de la sala uno, el primero de los inmensos depósitos que componían la grandísima «bodega» de la astronave. No escuchaba nada, excepto el sonido de su propia respiración. Jamás le pareció tan cavernosa la oscuridad reinante. Lino Fox, que le precedía en varios minutos, debía haber pasado por allí antes… ¡y quizá se encontraba ya a espaldas de la «cosa»!

Mientras recordaba los últimos sucesos vividos en medio de excitantes sensaciones, se repitió que el vigilante jurado tuvo una idea

incomparable al rociar de fósforo sintético pulverizado el suelo del depósito de víveres. Gracias a esta medida, cuando la «cosa» entró a procurarse alimentos, las marcas de sus pies palmípedos quedaron impresas en el suelo, a la vez que las plantas se impregnaban de la rara sustancia.

Ahora, ya les era permitido rastrear su camino, porque la polinización de fósforo artificial señalaba un sendero de pisadas fáciles de revelar mediante el empleo de la lámpara «luminofósticor».

Bill Sanders la sujetaba en su mano izquierda, muy prieto el mango, dirigiendo los haces de luz verde en zigzag sobre el pulido suelo. La derecha, con el índice curvado en torno al gatillo, esgrimía la larga y potente pistola de rayos. Un disparo certero bastaría para destrozar un núcleo rector de la «cosa» y dejarla a su merced.

Claro, que el propósito de Bill no consistía en «rayearla» a mansalva. Prefería cogerla viva, porque de este modo podría averiguar todo cuanto precisaba para esclarecer su presencia allí, el método utilizado en el acoplamiento dentro del cubo uránico y las razones que le impulsaron a sembrar el desconcierto entre tripulantes y pasajeros. ¡Debía entregarla en la Base Policial de Phobos, nada más adentrarse en la zona orbital de Marte!

Las manchas de fósforo, resaltando en la superficie como extraños dibujos abanicados, proseguían sala adentro. Cruzó todo el pasillo, sin que ni una sola vez intuyese en los pasos indecisión o prisa. Eran pisadas medidas, de longitud similar a las de un terrestre, que avanzaban en línea recta, como buen conocedor del lugar que recorrían.

Llegó a la sala dos y descendió, casi trotando, por la rampa. A ambos lados, reluciendo vagamente en la oscuridad al recibir los reflejos de la lámpara, se alineaba un quíntupla y superpuesto batallón de bloques de uranio. Tuvo, entonces un sobresaltado temor. ¿Qué sería de ellos, pobres terráqueos ignorantes de tantos enigmas, si en cada uno de los cubos se ocultase otra «cosa» similar a la que ahora perseguían? ¡La simple idea bastó para erizarle los cabellos!

Jadeaba a causa del esfuerzo. Desde que abandonó la cabina de dirección, dejando allí a Estrella Malkon, no había cesado de correr. También notaba los hilillos de la transpiración, húmeda y cálida, resbalarle por las mejillas. Apretó los dientes. ¡Estaba empezando a dejarse arrastrar por sensaciones puramente imaginativas! Nada malo podía ocurrir. Él llevaba una pistola, sabía usarla y anhelaba enfrentarse con el escurridizo enemigo. ¡Debía apartar de su mente las mojigaterías!

Lino Fox, ocupando el preferente lugar de vanguardia en aquella carrera desenfrenada en pos de un enemigo desconocido, estaría ya a punto de cortarle el paso. Lo que más le preocupaba, especialmente,

era el silencio impenetrable que reinaba dentro de la espacionave. El aire que expelía por nariz y boca, rítmico y sofocante, constituía el único sonido aparte de sus pisadas. Por más que se esforzaba en prestar atención, no alcanzaba a escuchar los taconazos de Lino, quien, por mucho que hubiese corrido, no debía encontrarse demasiado lejos.

Acaso el vigilante Fox se encontraba agazapado tras alguna hilera de uranio, pistola en ristre, atento al sonido que producía la «cosa» en su vano empeño por despistarle. Esto no sería posible mientras quedase una porción de fósforo adherida a sus plantas. Movió la lámpara «luminofósticor», siempre apuntando a las esmeraldinas huellas, y avivó el paso. Acababa de salir de la sala dos... ¡sin tropezarse con el perseguido ni el perseguidor que le precedían!

No es que estuviese perplejo, pero la situación le disgustaba. Silencio. Sombras. Respiración alterada. Para llegar a la sala tres —la inmediata inferior en el camino hacia la popa— se hacía obligatorio emplear el elevador. Los pies palmípedos indicaban aquella dirección. Tomó aliento y dobló por el recodo.

Entonces, asombrado, vio que las huellas describían una curva y se encaminaban hacia el gabinete destinado a encerrar los instrumentos de propulsión astronavegatorial. ¡La cámara de energía! ¿Sería capaz de pretender inutilizar los impulsores nucleares en pleno vuelo? ¡Maldita «cosa»...!

Un grito desgarrador, enloquecido, vibró en el aire electrizándolo con horrorizante penetración. El recuerdo de Estrella Malkon, aferrada a su cuello y convulsionada por sollozos histéricos, le obligó a detenerse y pensar en la fatídica «pesadilla», preludio de sus angustias. Pero no. Esta vez no fue Estrella quien profirió el salvaje aullido. ¡Lino Fox, el valeroso guardián jurado, chillaba como si estuviesen descuartizándolo vivo!

—¡Dios mío! —susurró Bill, y echó a correr desesperadamente.

Mientras devoraba la distancia a pleno galope, frenético el corazón y extraviadas las pupilas, el espantoso grito se repitió. Jamás en su vida escuchó nada parecido. Nada tan agudo y desgarrador. Tan excitante y horripilado. ¡No «parecía» humano! Dio un traspié, tuvo que agarrarse a la pared y se revolvió, inquieto, contra la sombra proyectada ante él.

Casi estuvo a punto de reír, de liberar sus contenidos nervios a carcajadas, cuando apreció que se trataba de la cinta sin fin de la escalera. Arriba, sólo a veinte metros de distancia, se hallaba la sala de propulsión. ¡Pero ahora imperaba un silencio estremecedor!

Pulsó el encendido y la escala rodante le transportó con suavidad. ¡También allí se veían las pisadas de la «cosa»! La lámpara «luminofósticor» las hacía fosforecer como hojas, triangulares de una

flora extraordinaria. Mirando hacia arriba, tenso y con la pistola amartillada, esperó la inopinada agresión de su enemigo. Era lógico suponerlo, puesto que las apariencias obligaban a creer en una lucha tenebrosa en la que Fox acababa de recibir la peor parte. Pero nadie, ni «nada» salió a recibirle violentamente cuando la escalera animada de vida rotatoria coronó la distancia.

¡Zas! Un salto ágil, medido, lo trasladó de la cinta al gabinete. También allí reinaban las tinieblas, aunque no totales. Apreció enseguida las tres luces de reglamento, esparciendo difuso resplandor azul. Enfocó la linterna, explorando el suelo. ¡Huellas! ¡Más huellas! ¡Siempre adelante!

—¡Lino! —llamó, abandonando toda prudencia—. ¡Eh, muchacho, contesta!

El eco, un eco desorbitado, rebotó de pared en pared. Al fondo, zumbadoras, trabajaban las turbinas, las súper toberas y los pozos horizontales de energía atomofisionizada. El «corazón» de la espacionave funcionaba sin alteraciones. Todo en orden... aparentemente.

La linterna seguía revelando huellas, paso a paso, cada vez más debilitadas, pero fácilmente apreciables todavía. Repitió la llamada, sintiendo la angustia asfixiarle de forma gradual.

—¡Lino! ¡Contesta, amigo! ¿Te ha ocurrido algo?

Desde luego, le había ocurrido. Y no «algo»; sino lo más definitivo que a un terrestre puede sobrevenirle. El reguero de pisadas le condujo hasta las proximidades de un bulto alargado, tronchado junto a un conversor de protocarburantes. Estaba caído boca abajo, abiertas las piernas y salpicada de sangre todavía fresca una buena parte de los hombros y espalda... ¡Lino Fox abatido a sus pies!

Enfocó la linterna en derredor. Las impresiones palmípedas se alejaban rumbo a la salida de emergencia, por la cual, dando un ligero rodeo, podía alcanzarse sin dificultad, el elevador de traslado a la sala tres. Aunque deseaba anhelantemente ocuparse de Fox, el piloto anduvo hasta la abertura de escape, para cerciorarse de que la «cosa», en efecto, ya no se encontraba en el gabinete.

—Ha huido después de atacarle —musitó—. ¡La atraparé y no tendré piedad de ella!

Bill decidió que la persecución podía interrumpirse durante unos instantes. Le sería fácil hallar la pista valiéndose de la lámpara «luminofósticor». Lo más urgente, de momento, era interesarse por el estado del vigilante, el cual seguía inmóvil, tirado laxamente a un lado de la estancia.

—Lino, Lino... —insistió—. ¡Oh, pobre amigo! Te han atacado a traición, sin la menor oportunidad, ¿eh? ¡Debiste esperarme! ¡Ya te advertí que era una locura actuar solo contra la «cosa»!

Volvió sobre sus pasos y se arrodilló junto a él. Vio, enseguida, que la funda de su pistola estaba vacía y que tampoco la linterna aparecía por parte alguna. La «cosa» se había apoderado de los dos objetos. Quizá ocurriese lo mismo que con la pila eléctrica de Kerman. Al tiempo, sin que fuese necesario volver boca arriba al yaciente, Bill Sanders descubrió la increíble verdad. Aquella verdad casi paranoica. ¡Un sangrante orificio detrás de la nuca!

—Igual que Dayton… —jadeó sin aliento—. ¡Le han absorbido el cerebro!

Sí. No cabían dudas. Un escalofrío incontenible le recorrió el cuerpo de pies a cabeza. Palpó, alterado, las ropas de Lino Fox. Estaba muerto. Por el orificio de la nuca le habían extraído toda la masa encefálica, la pastosa materia que era vida e inteligencia, realizando una succión diabólica.

Como la vez primera —igual que el día del lanzamiento desde el cohetódromo de Ganímedes— sintió náuseas y profunda repugnancia. Entonces, aún le fue posible dominarse, porque el capataz Dayton, aparte de su condición de humano, no significaba nada para él. Mas ahora, postrado ante el cadáver de Lino Fox, amigo y camarada de correrías espaciales, estuvo casi a punto de desfallecer.

Apartó los ojos de la terrible visión y empuñó la pistola con determinada energía. ¿Qué sucedería cuando Leo Carvel conociese la infausta nueva? ¿Cómo reaccionaría el profesor Kerman y la deliciosa Estrella Malkon? La fatalidad se había cebado cruelmente en los «vagaespacios» desde que posaron la nave en la helada corteza del satélite jupiteriano. Tormentas químicas, una revolución originada por los acérrimos partidarios de Pío Garrison, la batalla con proyectiles de cobalto… y ahora, para colofón, la «muerte cerebral» en el ámbito misterioso de la espacionave.

Tenía que buscar el remedio a esta poderosa amenaza. Y el remedio sólo podía encontrarlo a la par que aplastaba la abominable «cosa». Procuró, haciendo un esfuerzo sobrehumano, alejar de su mente el recuerdo de Fox. Mentalmente, le deseó eterno descanso en paz. Aún se resistía a creer en la verdad. Lino Fox convertido en un muñeco de cera… ¡sin vida!

Luego, poniéndose de pie y girando la lámpara, «luminofósticor» las brillantes pisadas. El rastro del ladrón que robaba sus alimentos y absorbía sin piedad la masa encefálica de los hombres. Huellas de un asesino extragaláctico. Tras la entristecida sorpresa, la cólera adquirió poderosa fuerza en el pecho de Bill, nublándole la razón. ¡Adelante! ¡Adelante sin desmayo! ¡Acaso el futuro de todos dependía de su arrojo en tales momentos!

CAPÍTULO II

Tentáculos criminales

Nada más abandonar el elevador, los cegadores resplandores que escapaban de la sala tres le obligaron a parpadear, deslumbrado ante aquella profusión de luz después del prolongado tiempo que había permanecido rodeado de tinieblas y penumbras. El audaz y malogrado Fox no pudo llegar hasta allí, y por ello los arcos incandescentes lucían con intensidad.

Bill dio media vuelta inversa al reguloconmutador, atenuando la iluminación. Las señales palmípedas, cada vez más débiles, seguían avanzando hacia el interior. A fuerza de restregar los monstruosos palmopiés contra el suelo, el compuesto de fósforo sintético iba perdiendo consistencia.

—He de apresurarme... o la pista se borrará antes de que alcance a la «cosa» —meditó—. ¡Otro esfuerzo, Bill! ¡Éste será el último!

Llevaba transcurrida media hora sin cesar de correr, y sus miembros acusaban la fatiga, tanto producida por desgaste físico como por el estado nervioso en que se hallaba. La visión de Lino Fox, sangrante la nuca y pálido el rostro, fue para él un fuerte espolonazo. Arriba, en la cámara de dirección, también Leo y Estrella confiaban en el éxito.

Corrió por el pasillo, resollando, fija la mirada en las huellas que el haz de la lámpara descomponía en verde fosfórico. ¡De qué forma tan sensible perdían nitidez! ¡Sólo algunos de los dedos aparecían impresos ahora en el suelo! ¡Si la «cosa» le llevaba mucha delantera, volvería a esfumarse ante sus propias narices!

—No lo permitiré... —masculló Bill—. Ha de rendir cuentas por el crimen de Fox, y de hoy no puede pasar que caiga en nuestro poder...

A su lado, destellando, hileras e hileras de bloques de uranio. Sobre la cabeza, el techo metálico de la sala tres, perforado por los orificios que despedían la luz. En el suelo, siniestro, el reguero de pisadas, cada vez más impreciso, más borroso, menos delator... La linterna en una mano y la pistola en la otra. Un dislocado redoble en el corazón. Silencio en torno. Imprecisión. Tenebrosidad...

De pronto, Bill dejó de correr, excitado, y se detuvo para mirar el derredor. ¡Victoria! Fue un estallido loco, explosivo, que llenó de inquieta alegría su atribulado ánimo. ¡Las pisadas acababan allí! ¡Ante sus ojos! ¡Mostrando un desconcertante número de ellas agrupadas dentro del cono reflector de la lámpara!

—¡Ya te tengo! —exclamó el piloto, girando en dirección a la pared de bloques que se destacaba enfrente—. ¡Sé que te has metido

ahí dentro! ¡Sal o disparo!

El triunfo del descubrimiento lo embriagaba. ¡Dios había permitido que fuese él quien descorriese los velos hasta entonces impenetrables! La «cosa», tal vez agotada por el esfuerzo, se detuvo a reponer alientos.

¡Allí estaban sus pisadas, entremezclándose, marcando la desviación del pasillo central! Pegando el brazo derecho al costado, para neutralizar el retroceso del arma cuando disparase una electrodescarga de rayos, Bill se precipitó en pos del acorralado enemigo.

¡CHAP! El encontronazo de los dos cuerpos, uno duramente óseo y el otro de complexión seudo cartilaginosa, resonó igual que el choque de un trapo húmedo al estrellarse desde cierta altura. El piloto espacial, atrapado por la espalda y de improviso, perdió el equilibrio. Instintivamente contrajo los dedos, por lo que la pistola se disparó al aire.

—¡Hum...! ¿Qué diablos...?

Una culebrina chisporroteante surgió del cañón y melló el ángulo del bloque cúbico más cercano. Antes de que pudiese evitarlo, se halló caído en el suelo, conservando detrás una especie de lapa gigantesca cuya presión resultaba cálida, viscosa y repelente. ¡La «cosa»!

Recordó, mientras se debatía, cuanto sabían respecto a ella. ¡La piel mojada y finísima a que Estrella Malkon se refirió! Bill soltó la linterna, pero no la pistola. A ciegas, frenetizado por la agitación, descargó varios golpes de costado. ¡Sintió hundirse el metal en un cuerpo blando, sencillamente repugnante!

La tenaza en torno a sus hombros disminuyó un tanto, y el joven, poniendo en juego toda la potencialidad muscular de sus piernas, consiguió arrodillarse. Más culatazos, algunos en falso. Pero la «cosa» seguía a su espalda, obstinada y adhesiva... ¡igual que una ventosa animada de existencia!

—¡Suéltame! —ordenó Bill—. ¡Lucha como un valiente, no apelando a traiciones!...

Algo pastoso, semejante a un pingajo, se enroscó en su cuello, oprimiéndolo con tal penetración que le hundió la nuez y le quitó el resuello. ¡Tentáculos cefalopódicos! ¿Podía ser cierto o sólo un horrible capricho de la imaginación? Junto a su oreja izquierda silbaba el aliento sulfurado del atacante. Volvió a tratar de utilizar la pistola, de apoyar el cañón en la masa huidiza que componía su cuerpo reptilesco.

¡PAF! Un chapotazo rudo, casi salpicante, le fue propinado por la mano palmípeda, que quedó pegada a la suya, cubriéndola del todo. En tan preciso instante, una sustancia líquida —acaso un ácido corrosivo que parecían segregar los poros de la hedionda piel— le

produjo extraña picazón en la epidermis. No quería... ¡No quería soltar la pistola! ¡Pero la picazón se transformó en llameante fuego y abrió los dedos, sofocando un bramido de ira!

La lucha proseguía. Ahora con evidente desventaja para Bill... ¡porque había sido desarmado limpiamente! Lo peor de todo, lo más horrible, era su posición. Imposible descubrir a su enemigo. Inmovilizado de medio cuerpo para arriba, sintiéndose estrujar como una fruta a la que se pretendiese extraer el jugo, sólo en las piernas conservaba relativa libertad de acción. Enloquecido, crispando la espalda y el torso, consiguió dar media docena de inciertos pasos. ¡Apenas podía moverse! ¡Y la «cosa» abrazada a él, fundida a su persona, intensamente adherida!

Algo ocurrió entonces, sin embargo, que le obligó a extraer fuerzas de flaqueza de sus diezmadas energías. El aliento de la «cosa» se hizo más cálido y más sulfurado. Abrasante. Quemaba cual vaho de las lagunas de hierro líquido que motejaban Venus. Percibió un roce suave, acariciante, de lengüeteo tras su cabeza... ¡La nuca! ¡El golpe maestro! ¡Iba a practicarle la espantosa trepanación conocida por «muerte cerebral»!

—¡No! —bramó—. ¡Fuera de aquí, asqueroso bicho! ¡Suél... ta... me!

Las tres emisiones de voz coincidieron con la triple y feroz sacudida de Bill para desasirse. Fue un revolverse atroz, vigorosísimo, que obligó a aflojar los tentáculos y a preocuparse por las nervudas piernas del terrestre.

Bill, extra desesperado, clavó los dientes en la materia reptilesca y gustó el amargo sabor a ponzoña y podredumbre. ¡Se sintió más libre! Con el puño derecho, cerrado como un ariete, propinó un mazazo que halló carne palpitante y casi resbaladiza. ¡Tocado!

La «cosa» debió apelar entonces a todos sus recursos de luchador. Se ciñó por detrás, y apretó los tentáculos hasta que las costillas del terrestre crujieron. Un velo de inconsciencia y debilidad flotó ante sus dilatados ojos. ¡No podía moverse apenas! ¿Había transcurrido un instante... o todo un siglo? Los minutos de la vida estaban parados. Se detuvieron para mejor hacerle sufrir la angustia. Pugnó por deshacer el abrazo. Inútil. ¡No volvería a disfrutar de ocasión para repetir el puñetazo!

La respiración se convirtió en un penoso estertor. Sudaba. Un sudor frío, de muerte. Cayó de rodillas, aplastado contra el suelo, cubierto por la materia esponjosa que le avasallaba. En la nuca, voraz, le acarició el lengüetazo. Roja la faz, abultadas las venas de la frente y pereciendo de asfixia, Bill comprendió que su suerte estaba echada. ¡No tardaría en perder el sentido!

—¡Basta, Alusko! ¡Él no debe morir, porque conoce mejor que

nadie las rutas espaciales!

Hasta mucho tiempo después, dos o tres «jornadas» más tarde —el cómputo equivalente al período «día-noche» usado a bordo de las grandes astronaves— Bill no supo si las imperativas órdenes fueron pronunciadas en realidad o todo se debió a una alucinación preagónica. No se hallaba en situación de razonar. Ni de pensar, siquiera, que aquella voz pudiese pertenecer a un terrestre como él.

Ya casi había perdido el conocimiento cuando notó, afilados, los duros colmillos aplicados a su nuca, prestos a perforar la base posterior del cráneo. Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, prorrumpió en violentos alaridos. Ésta fue su última sensación anímica antes de sumirse en el pozo de lo inmaterial. ¡Se desvaneció convencido de que la «muerte cerebral» no tardaría en destruirle!

CAPÍTULO III

Aislados en el vacío

El primer movimiento, todos los haces musculares de su organismo le produjeron hondas punzadas. ¡Qué terrible dolor de cabeza! Las sienes, especialmente, parecían a punto de saltar en menudos fragmentos. Se sentía como si en vez de carne estuviese compuesto de frágil vidrio. Y el tiempo que invirtió en despejarse, ponerse de pie —asido a los ángulos de los bloques uránicos— y dar los primeros pasos, se le hizo tan interminable como insufrible.

—Es... estoy vivo —murmuró—. Inexplicablemente vivo... Pero yo recuerdo que...

Sí. Recordaba, poco a poco, los pormenores de la despiadada pelea. No había olvidado ningún detalle, desde que encontró las pisoteadas huellas hasta que comenzó a batallar para desasirse de la «cosa», pasando por los lengüetazos en la nuca y la obsesionante sensación de muerte. Absolutamente todo. Por ello, seguro de que no existía ni el más ligero indicio de alucinación, le parecía absurda e irreal la aparente certeza de su existencia.

—No es aparente —meditó, mientras se iba recobrando física y espiritualmente—. Estoy vivo —flexionó los brazos y acabó palpándose las magulladas costillas y torso—. Vivo —repitió con insistencia un tanto bobalicona.

Todos sus sentidos volvían a responder orgánicamente. Veía cuanto le rodeaba, olía el ligero saturación a ozono que desprendían los respiradores de compuesto oxigenado funcionando por la inmensidad de la nave y escuchaba el acompasado ritmo de sus aspiraciones y expulsiones pulmonares. También gustaba el sabor a sangre que parecía impregnar su boca. Sangre producida por un corte en la lengua, quizá causado tras las rudas sacudidas efectuadas al intentar desasirse. El tacto demostraba que continuaba poseyendo consistencia corpórea.

Sí. No era ilusión. Estaba vivo. ¡Vivo cuando ya creía que la «cosa» le había succionado el cerebro lo mismo que a Dayton y a Lino Fox!

Dio unos pasos vacilantes por la sala. Las luces permanecían encendidas, y su claridad bastó para que percibiese sin dificultad las hileras de bloques. Lo primero que hizo fue buscar en torno, tratando de hallar indicios reveladores. Pero no encontró nada que aportase lucidez a su desbarajuste mental, excepto el cubo señalado por la electrodescarga de su pistola de rayos. Ni siquiera pudo encontrar el arma y la lámpara «luminofósticor». No estaban allí. La «cosa» se

había apoderado de ellas. Lógicamente, al menos, cabía suponer que así sucedió.

Su pensamiento voló al gabinete de energía impulsora. El cadáver de Fox continuaría allí. Tenía el deber, como amigo y capitán de la astronave, de ocuparse de los trámites funerarios.

—Bien —rezongó—. Vamos allá. Después de todo, en esta condenada sala no hago sino perder el tiempo.

Se puso en camino al instante y mientras emprendía la ruta de regreso, inmerso en el caos de conjeturas, no dejó de meditar profundamente sobre los últimos y extraordinarios acontecimientos. No se había equivocado, porque Lino Fox, cuyo cuerpo estaba dominado ahora por la rigidez del envaramiento, permanecía tumbado en el mismo lugar donde lo dejó. De nuevo, apesadumbrado, estuvo contemplándole en silencio. Luego, forzado por las circunstancias, se dijo que debía adoptar una decisión. Y la adoptó.

Fue hasta el aparato telecomunicador más próximo y oprimió la señal de llamada, después de «dializar» la canalización videosónica con la cabina de dirección. Por lo rápido que respondieron, tuvo la impresión de que se hallaban pendientes del aviso. En la pantalla, rojiza y ávida, se reflejó la faz inconfundible de Leo Carvel.

—Hola, Leo.

—¡Dichosos los ojos, Bill! —exclamó el copiloto—. ¡Hace siglos que espero tu llamada! ¿Cómo marcha la caza?

—Bien —replicó Sanders ambiguamente—. ¿Se encuentra Estrella contigo?

—Claro. La tengo a mi lado.

—Conecta el control automático de dirección... y ven al gabinete. He de hablarte y disponer algunas medidas.

—¿Hay contratiempos? ¡Dime la verdad, Bill! ¡Estoy harto de que me dejes en ayunas! Entre los dos podemos llevar los apuros más holgadamente.

—Pues, sí... —admitió el joven—. Hay dificultades. No perdamos tiempo. Te espero...

—Un momento. Estrella quiere decirte unas palabras.

Leo Carvel se apartó del aparato y fue a cumplir lo ordenado, porque Bill le vio accionar en el salpicadero los reóstatos de vuelo «auto-direccional». La imagen que enmarcaba la pantalla fue ocupada ahora por el bello rostro de Estrella Malkon, cuyos grandes y soñadores ojos negros parpadearon ganados por la inquietud.

—¡Bill!

—Sin novedad —sonrió él—. ¿Y usted? ¿Cómo se encuentra?

—Con los nervios de punta —confesó—. ¡Ha tardado horrores en dar señales de vida! ¿Qué ha sucedido? ¿Encontraron la «cosa»?

—Sí. La encontramos —Bill se encogió de hombros—. Buen

trabajo el de Lino Fox. Resultó sencillo seguirle la pista.

—¡Menos mal! Espero que ahora hayan terminado las preocupaciones.

—Claro, claro... —el piloto arrugó las cejas—. Nos veremos más tarde, Estrella. Si Leo ha terminado, dígale que vuelva a ponerse. Olvidé hacerle una recomendación.

—Un momento. Le llamo enseguida.

Leo Carvel destacó poco después en la pantalla y anunció:

—Todo en orden. El control funciona a las mil maravillas. Dime, Bill.

—Ven cuanto antes... y trae una pistola.

—¿Eh?

—No pongas cara de pazguato. En el armero hay varias. Date prisa

Cortó la comunicación sin añadir nada más, porque le habrían molestado las consiguientes preguntas de Carvel y, sobre todo, las vagas respuestas que se hubiese visto obligado a improvisar. Ya sabrían la verdad de la situación a su debido tiempo. Anticipar los acontecimientos sólo serviría para acelerar los temores y obligarles a perder la serenidad. Regresó junto a los restos de Lino Fox, y se dedicó a examinarle despacio.

Rojeces en el rostro, erupciones de tipo inflamatorio en la epidermis de la mano derecha, tórax semihundido, como si tuviese algún armazón óseo quebrado... Los síntomas eran idénticos y se ajustaban a las impresiones que él conservaba grabadas en la memoria. Podía imaginar exactamente sus sufrimientos y el desenlace final. También él había pasado por idéntico trance y conservaba rojeces, ampolladuras en la diestra —acaso producidas por el ácido segregado— y dolor en todos los huesos.

Pero, reflexionó Bill, lo más sorprendente es que aún podía contarlo. La «cosa», cuando las circunstancias se inclinaban decisivamente a su favor, le perdonó la vida. ¿Por qué? ¿Dónde se encontraba ahora? ¿Quién pronunció las palabras que él creyó escuchar, o escuchó en realidad, antes de perder el conocimiento?

Todavía continuaba formulándose preguntas sin respuesta cuando Leo Carvel saltó de la escalera rodante y se introdujo en la cámara de energía. Bill le aguardaba ante el umbral, cejijunto y huraño. Al verle, procuró variar la adusta expresión, para no preocuparle prematuramente.

—¿Qué demonios pasa por aquí? —masculló Leo—. Ordenas conectar el autocontrol, a pesar de que no eres partidario de ello, y en plena zona planetoidal. Me obligas a bajar corriendo y armado con una pistola. No entiendo ni jota. Hasta cortas la comunicación cuando voy a...

—Está bien, Leo. Te diré la razón: Me asustan tus preguntas, porque eres el hombre más curioso del Universo.

—Detrás de ti ¿no?

—Detrás de mí. ¿Satisfecho?

—¡Cáscaras! ¿Cómo voy a estarlo si me das una sola razón y yo necesito docenas?

—Bueno. No te alteres. Todo llegará.

—No veo a Lino Fox por aquí.

—Ahora lo verás. Prepárate para... para recibir una impresión.

—Lo dices por la «cosa» ¿eh? ¿Qué tal es ese engendro?

—Lo digo por Fox. Domínate, por favor. Mira... Ahí lo tienes.

Leo dejó de andar, lo mismo que si acabase de tropezar con un invisible obstáculo o alguien le hubiese propinado un golpe de improviso. Palideció. Abrió la boca, atónito, mas de sus labios no escapó el menor sonido. Todo el aire que almacenaba en la abultada caja torácica se le escapó en un suspiro y hasta pareció que perdía buena parte de su reciedumbre física.

—¡Dios Santo! —musitó, apagado.

—No pierdas la calma —recomendó Bill—. Hay que afrontar los hechos con la cabeza clara, porque, ahora más que nunca, necesitamos de toda nuestra lucidez.

—¿Muerto?

—Sí.

—¿Quién lo hizo?

—La «cosa». Y podría explicarte, punto por punto, cómo ha sucedido. También yo he estado a dos pulgadas de la muerte, muchacho. Me atrapó a traición, saltando sobre mi espalda, y te juro que posee la fuerza de varios hombres juntos. No existe forma de vencer a la «cosa» mientras permanezca pegada a ti. Es algo horrible y sofocante, Leo. Su piel viscosa posee, por así decirlo, categoría de adhesiva. Te inmoviliza tan perfectamente como a mi cuerpo sumergido en cauchogelatina.

—¡Bill!

—Así es.

—¿Has podido verla?

—No claramente; pero tengo una idea definida sobre ella. Ayúdame a transportar el cadáver hasta la proa. Por el camino, te iré informando de cuanto sé.

—¡Le ha desnucado!

—Algo peor que eso. ¿Has oído hablar de la «muerte cerebral»?

—Pero...

—Salgamos de aquí cuanto antes. La «cosa» ronda en libertad por la nave y acaso le dé por atacarnos en el momento más inesperado. Te hablo seriamente. Sin alarmismos. Tienes que saberlo, Leo. Hasta

ahora hemos luchado contra un enemigo impalpable. A partir de este momento, ya sabemos de qué se trata... ¡Y debemos cuidar que nuestra espalda esté siempre a cubierto!

El traslado se efectuó lentamente, llevando entre ambos el cuerpo inerte de Lino Fox. Durante el tiempo que duró la ascensión hacia la proa, Bill procuró facilitar a su copiloto una idea exacta y precisa de la situación. Le explicó cuanto había averiguado en el cohetódromo de Ganímedes y la fatal «cerebrosucción» sufrida por Dayton, primera víctima del extraño ser filtrado en la espacionave. Luego, se extendió en consideraciones y por último, describió su pelea contra la «cosa».

Al terminar, Leo Carvel pareció aceptar los sucesos con entereza y, aunque estaba abatido, no mostró síntomas de desesperación o renuncia. Su actitud se hizo entonces tolerante y resignada.

—De acuerdo —gruñó—. Si quiere guerra... ¡le daremos guerra! Aunque sólo fuese por vengar a Fox, sería capaz de comerme crudo a ese infecto animalejo.

Bill sonrió, celebrando que la jovialidad volviese a mostrarse cualidad peculiar en él. Le conocía. Siempre lamentándose, siempre echando pestes de todas las cosas; pero entero y voluntarioso en el fondo. Un auténtico «vagaespacios» con el corazón rebosante de valor.

—Gracias —contestó—. Tú y yo somos los únicos que quedamos para hacer frente al conflicto. El profesor Kerman no cuenta y respecto a Estrella Malkon... creo que tampoco nos serviría de gran ayuda. Ya sabes todo lo relacionado con esta historia que parece fruto de una maldición desquiciada.

—Cuenta conmigo para lo que sea. ¿Cuál es la primera orden, Bill?

—Eso vendrá después. Antes que nada, ocupémonos de Lino Fox.

—¿Piensas lanzar su cadáver al espacio?

—No —el joven se pellizcó la barbilla—. Siempre me reprocharía haberle dejado en calidad de satélite de algún asteroide perdido en el Cosmos hasta su total exterminación. He pensado que podemos acondicionarlo en el cuarto de congelación. La bajísima temperatura evitará que se descompongan los tejidos, y así recibirá cristiana sepultura en el mundo que le vio nacer.

—Un macabro «paquete».

—Tiene derecho a ser enterrado en la Tierra. Él no habría permitido nunca que cualquiera de nosotros dos fuésemos arrojados al vacío. Además, ya sabes que la Compañía tiene dictadas reglas inflexibles respecto a las defunciones «espaciales». Nos volverían locos a fuerza de informes, interrogatorios y declaraciones. El cadáver de Fox será la prueba fehaciente de que cuanto decimos es cierto.

—Como tú dispongas, Bill.

—Llevémoslo al congelador.

—¿Y después?

—Volveremos a la cabina. Kerman también vendrá con nosotros. Considero que es el único lugar de la nave donde, por el momento, estaremos a salvo.

—¿Vamos a encerrarnos voluntariamente en un calabozo?

—Juntos correremos menos peligro que separados. Mientras la «cosa» deambule por las salas, ninguno de nosotros se verá libre de su amenaza. Y ya sabes a qué amenaza me refiero.

—«Muerte cerebral» —asintió Carvel, tragando saliva—. ¡Maldita sea su cochina estampa! ¿Cuál es tu plan?

—Pedir ayuda a la Base Policial de Phobos. Mandarán una astronave de protección y efectuaremos un registro concienzudo. Ahora, por lo menos, ya sabemos que necesita comer y que volverá a pisar el fósforo tantas veces como le haga falta proveerse de alimentos.

—No te lo discuto. Obra como prefieras ya que, al parecer, tú tienes ideas que yo no puedo concebir. Estoy anonadado, Bill. Palabra.

—Lo comprendo. Pero ojalá los demás conserven tu presencia de ánimo. Estamos aislados en el vacío y abandonados a nuestras propias fuerzas. Entretanto no recibamos auxilio de Phobos, nada podemos hacer para remediar la situación.

—¡Destruir la «cosa»!

—¿Cómo? —Bill negó, despacio—. Fox y yo lo intentamos. Comprueba el resultado. Yo todavía no me explico por qué sigo con vida.

—Sí. Parece impropia tanta clemencia en un ser maquiavélico...

—Acaso el motivo sean las voces que creí escuchar antes de desvanecerme.

—¿Te has detenido a pensar en ello?

—No ceso de darle vueltas. Habló en «gercósmico», el idioma de los espacios interestelares, por eso lo entendí. El acento parecía propio de un terrestre, pero... ¡es absurdo! ¡Ningún habitante de la Tierra permitiría que nos hiciesen objeto de semejante salvajada!

—Un renegado, tal vez.

Bill miró a Leo Carvel y una lucecilla enigmática chispeó en sus ojos inteligentes. A veces, sin propósito definido, se dicen frases cuyo oculto significado encierra un doble sentido revelador.

—Un renegado... —repitió—. No se me había ocurrido.

—Ni a mí tampoco. Lo he dicho sin pensar.

—Puede que, a ciegas, hayas dado en el clavo, muchacho. No me refiero al ente vivo que nos atacó... sino al que parece mandar sobre él. Dijo que no me matase... ¡y estoy vivo! ¿Por qué no suponer que alguien con inteligencia humana dirige los pasos de esa «cosa» fantasmagórica y asesina?

—¿Hablas en serio?

—Por lo menos te aseguro que no lo hago en broma.

—¿Y cómo ha podido meterse en la nave? ¡Le hubiésemos visto!

—La respuesta es un cubo hueco de uranio que sigue en la sala catorce. Estoy pensando en algo coherente. Acaso los síntomas de humedad que dejaron mancha en la superficie interior, no pertenecían a la «cosa»... ¡sino al que da las órdenes! Desde el primer momento supusimos que todo obedecía a manifestaciones sobrenaturales. ¿Te das cuenta?

—Pues...

—¡El bloque que descubrimos no fue el que encerró a la «cosa»! ¡Debe tratarse del que ocultó al «hombre»!

—Escucha, Bill —Leo Carvel se alisó el crespo cabello—. Entiendo algo de lo que dices... pero no es mucho. ¿Ahora resulta que los polizones son «dos» en vez de «uno»?

—Casi seguro.

—¡Oh, no!

—¡Oh, sí! —remedó Bill—. Tú, sin saberlo, me has dado la clave. Creo que el principio de todo este misterio hay que ir a buscarlo en Ganímedes. Recuerda lo que vimos allí.

—Sólo recuerdo que Kusock estaba muy alterado.

—Cierto. ¿Por qué?

—Por el levantamiento de los trabajadores, naturalmente, aunque... Oye, Bill, ¿a dónde quieres ir a parar? ¡Tú presenciaste la destrucción de las «cavernas» con proyectiles cobálticos!

—¡Que me condenen a respirar helio si lo entiendo! Dejémoslo, ya. Esto hay que meditarlo con calma. Lo más urgente es acondicionar a Lino y después comunicar con Phobos. ¡Manos a la obra, muchacho!

Así lo hicieron. Las ideas bullían en su cabeza, encontradizas o esquivas, mientras colocaban el cadáver en uno de los «flotaestantes» del congelador. Los pocos minutos que les ocupó la operación bastaron para dejarles ateridos de frío, igual que si de nuevo volviesen a encontrarse trasladados al clima inhóspito del sector jupiteriano donde cargaron el uranio cristaloblóquico. La estructura orgánica del vigilante se mantendría intacta hasta que llegasen a la Base Central de la COMPAÑÍA MINERA PLANETAL.

Acto seguido, se dirigieron a la cámara de reparaciones, improvisada habitación para el viejo climatólogo. Kerman se encontraba allí, por supuesto, ajeno a los últimos acontecimientos. No les recibió efusivamente, aunque tampoco con indiferencia. En su ánimo todavía pesaba el ridículo corrido «jornadas» antes con motivo del «robo» de la pila.

Ahora ya sabía la verdad, igual que los restantes tripulantes de la espacionave, y había llegado a sentir vergüenza por su injusto

comportamiento de antes. Al conocer los propósitos de Bill, obedeció sin objeciones. Y la noticia del trágico final de Fox le dejó momentáneamente aturdido.

—Nos hallamos ante un enemigo astuto y homicida —dijo, después—. Supongo que usted ya habrá decidido lo que debe hacer.

—Sí —respondió Bill—. Tenemos que pedir socorro.

—¿A quién?

—Al destacamento de la Policía Interplanetaria de Phobos. Hasta que ellos lleguen, nos defenderemos por nuestros propios medios... que no son muchos. Pero es mi intención retardar la lucha tanto como sea posible.

—Creo que no soy nadie para darle consejos, capitán...

—Déjese de prevenciones y aconseje lo que considere más oportuno.

—Temo que la actitud pasiva hará que se crezca el enemigo ¿Por qué no atacamos enseguida? Lino Fox ha muerto, y lamento su desgracia como ustedes. Pero la «cosa» se encuentra todavía en la nave y nosotros tres podríamos darle caza ahora mismo. Disponen de armas, ¿no?

—Y municiones sobradas. Pero esperaremos la próxima ocasión.

—¿Por qué?

—Porque ahora ya no es posible seguir el rastro de sus pisadas fosfóricas. Eran muy débiles cuando yo... Bueno; cuando yo estuve a punto de alcanzarla. Dado el tiempo transcurrido, se habrán debilitado del todo y nada quedará en sus pies que alcance a revelarnos la situación actual. Nos perderíamos vagando de sala en sala y ello daría oportunidad a la «cosa» de apoderarse del mejor refugio de que disponemos: la cabina de dirección. ¿Imagina lo que sucedería si los mandos navegatoriales se hallasen en sus manos? Puedo anticiparle que jamás llegaríamos a la Tierra, profesor.

—Conforme. Ya comprendo que sus pensamientos son más amplios que los míos. No tengo nada que oponer.

Bill, Kerman y Leo Carvel llegaron a la cabina —el punto extremo en la proa de la espacionave carguera— poco después. Estrella Malkon les aguardaba retorciéndose las manos de impaciencia. Su primera mirada fue para Bill, y pareció tranquilizarla bastante el hecho de encontrarle vivo. Sin disimular sus sentimientos, exclamó:

—¡Cuánto ha tardado! ¡Ya temía que le hubiese ocurrido algún percance!

—Descuide, Estrella. Puedo contarlo... por ahora. Hazte cargo de los mandos, Leo —agregó sin transición—. Usted, profesor, explíquele a la señorita lo que acabamos de decirle. Esta vez no quiero apelar a subterfugios. Que cada cual sepa desde ahora mismo el peligro que corremos.

Su recia voz marcó un lapso de tiempo durante el cual reinó el silencio y los reunidos se limitaron a contemplarse entre sí. Bill se instaló ante la potentísima emisora electrónica y comenzó a lanzar su mensaje de llamada al espacio. Por las pantallas de teleobservación cósmica podía advertirse la nutrida representación planetoidal que salpicaba la zona. Astros de pequeño tamaño, insignificantes mundos sin vida, gravitaban en la ruta que recorría el velocísimo carguero de uranio.

Más que nunca experimentaron la certeza de hallarse perdidos en el negro cielo sin confines. Abandonados a sus precarios medios de defensa. Allí, recluidos en el departamento de dirección, deberían mantenerse alejados del peligro. ¿Sería esto posible? ¿Hasta cuándo lograrían prolongar su separación? La febril excitación que vivían les hizo olvidarse de un detalle básico en el que Bill no había pensado ni un solo instante.

La necesidad, por fuerza, les obligaría a salir y picarían el anzuelo del mismo modo que la «cosa» cayó en la trampa tendida por Lino Fox. Hasta entonces nadie recordó que carecían de alimentos. Les habría estremecido saber que los enigmáticos polizones de la nave tenían ya muy en cuenta ese detalle por demás insoslayable.

CAPÍTULO IV

Incursión fallida

Esperar, condenado a la incertidumbre, es uno de los suplicios lentos más difícil de soportar con calma. Los cuatro terrestres conocieron entonces toda la importancia que este martirio indoloro, pero excitante pueda alcanzar.

La conexión emisorial con la Base de Phobos se estableció a las pocas horas de repetir intermitentemente el mensaje. La audición no fue muy clara, debido a los agentes perturbadores etéreos tales como rayos cósmicos, barreras de radioactividad y moléculas sueltas que operaban de superestáticos. Pero la finalidad primordial que les guiaba —es decir, pedir auxilio— fue conseguida.

—Saldrá una exploronave a nuestro encuentro —informó Bill al cerrar la radiación—. Les he facilitado el rumbo, velocidad y altura media de trayectoria. Además, volveré a conectar con la base cada doce horas terrestres para mantener el contacto. Creo que podemos considerar resuelto este punto.

—Es una buena esperanza —manifestó Leo Carvel.

—¿Cuándo supone usted que se producirá la localización? —quiso saber el profesor Kerman.

—Para decirlo con exactitud necesitaría conocer una serie de factores que no me es posible averiguar sin datos de la base de Phobos. De todas formas, me atrevo a asegurar que los policías no estarán con nosotros antes de quince o dieciséis «jornadas».

—¿Y durante ese tiempo hemos de permanecer encerrados aquí?

—No hay otra alternativa... excepto, naturalmente, enfrentarse con la «cosa».

—Puede que fuese preferible a esta forzosa inactividad. Yo pienso así, capitán.

—Usted puede pensar con más libertad que yo, profesor —contestó Bill—, porque no lleva sobre sus hombros ninguna responsabilidad. No olvide que esta nave conduce un cargamento de uranio para la COMPAÑÍA MINERA PLANETAL ni, tampoco, que en ella viajan dos pasajeros confiados a mi custodia. Mi obligación consiste en velar por la carga y su propia seguridad. Después de lo ocurrido a Lino Fox, no me atrevo a mezclarles en un asunto contra el cual no estamos preparados. Otra cosa sería si Leo y yo fuésemos los únicos ocupantes de la nave.

—¿Qué haría en ese caso?

—Luchar, por supuesto.

—Prescinda de nosotros.

—Continúa hablando como un insensato, profesor —reprochó Bill —. La señorita Malkon no tiene la culpa de que usted se incline por una solución violenta.

—¿Por qué no la consulta a ella en vez de encararse abiertamente conmigo?

El piloto dirigió una fulminante mirada a Kerman, con la que demostró lo poco gratas que le resultaban sus insistencias. Por fortuna, Estrella Malkon se había hecho cargo de la situación al instante y no tuvo el menor reparo en declarar:

—Lo que usted decida será lo más oportuno, Bill. Nunca, me he visto en estos trances, ni sabría cómo desenvolverme. Si considera que es preferible permanecer en la cabina, no tengo ningún inconveniente.

—Gracias por la confianza, Estrella.

—¿Alguna otra pregunta, profesor? —ironizó Leo Carvel.

—Ninguna. Pero deseo hacer constar que si la Policía Interplanetaria abre una investigación, yo no acepté con buenos ojos la perspectiva de encerrarnos en esta ratonera.

—No le hagan caso —sonrió Estrella, apaciguadora—. Le conozco lo suficiente para saber que no siente ni la mitad de las cosas que dice. Está excitado… igual que todos los demás. Por ello obra de un modo que no es el habitual en él.

Desde luego, permanecer horas y horas encerrados, obligados a aceptar la vida en común, no era agradable para nadie. La primera «jornada» transcurrió en medio de cierta tirantez, a pesar de que cada cual, comprendiéndolo por convicción propia, se esforzó en hacerse lo menos molesta posible la existencia. Todavía no llegaron a adquirir consistencia las perentorias necesidades humanas. Sin embargo, a la siguiente, el problema adquirió las dimensiones lógicas del drama y les planteó una nueva incógnita a despejar.

—Usted se cree muy inteligente, Bill —acusó Kerman al poco de abandonar su improvisada yacija—. Pero ha olvidado algunas estimables medidas elementales. Tengo sed. Acaso la tenemos todos. Y después, irremisiblemente, sentimos hambre.

Bill Sanders, atento a los mandos, no replicó. Mirándolos con el rabillo del ojo vio a Leo Carvel, entristecido, y a Estrella Malkon, que inclinaba la cabeza.

—Tiene razón —admitió—. He pensado en ello… demasiado tarde.

—¿Qué sugiere? ¿Que nos comamos los unos a los otros?

El sarcasmo de Kerman no causó el efecto esperado. Leo Carvel, que no sentía ninguna simpatía por el climatólogo desde el incidente de la pila y el ascensor, se puso en pie y avanzó, puños en ristre, hacía él.

—Le voy a dar la clase de alimento que usted necesita…

—¡Detente, Leo! —ordenó Bill—. Lo último que debemos perder es el dominio de los nervios. Y usted, profesor… no quiera hacerse el irónico en una situación que carece por completo de ironía. Ahora mismo saldré a buscar algo, y lo traeré.

—Estoy dispuesto a acompañarle…

—No hace falta. Quédese en su rincón. Puedo hacerlo solo.

—Iré contigo —decidió Leo—. Cuatro ojos ven más que dos.

—Sin duda… pero no permitiré que nadie me acompañe. Yo os he metido en este lío y voy a procurar sacaros de él. Dame la pistola y toma los mandos. Prometo tardar lo menos posible.

—No… no tengo apetito, Bill —murmuró Estrella.

—Lo tendrá mas adelante. Todos lo tendremos. Me he precipitado al obligarles a venir aquí, y debo admitirlo. La muerte de Fox ha influido en mi ánimo, hasta el extremo de empujarme a actuar como un atolondrado. Intentaré remediarlo en la medida de mis fuerzas…

—¿Y si la «cosa» está agazapada ahí afuera? —apuntó Carvel—. ¡Volverá a atacarte, muchacho!

—Ahora ya conozco sus métodos y no es fácil que me pille desprevenido. Al menor movimiento sospechoso, dispararé. No conozco a nadie invulnerable a las electrodescargas, porque hasta en los «robots» metálicos causa desperfectos.

—Pero…

—Déjenlo —gruñó Kerman—. Es el capitán y le gusta hablar de responsabilidades. Que lleve adelante ésta.

—¡Se comporta usted odiosamente! —censuró Estrella.

—No se moleste en recordarme mi deber, profesor. Sólo le pido que no olvide el suyo.

Kerman encogió los escuálidos hombros y plegó sus labios incoloros en un mohín de hastío. Encerrado en un mutismo resentido, como de persona incomprendida, les volvió la espalda. Bill acababa de alcanzar la pistola de rayos y echó una ojeada al depósito para asegurarse de que el cargador mantenía los «contactos» en posición de disparar.

Leo, a regañadientes, asió los mandos. En las pantallas de tele-exploración espacial surgían los cuerpos falsamente inmóviles de una serie de planetoides «machos» cuyas dilatadas elipsis orbitales cruzaban el campo traslatorio del todavía lejanísimo Marte[2]. La espacionave, dirigida por sus elementos de orientación y la pericia del piloto, buscaba las «brechas» abiertas en el arriesgado «reino de los enanos».

—Bill —la suave mano de Estrella se posó en su brazo—. No sé cómo decirle que…

—No es necesario que explique nada —sonrió él—. Desde que Kusock me la presentó, pensé que iba a ser usted una molestia.

También en ello me he equivocado. El día que nos digamos adiós… la echaré mucho de menos.

Se miraron en silencio. Hablaban los ojos, como ya hablaron en aquella otra ocasión, tiempo atrás, cuando Bill volvió a lanzarse a la aventura ignota. Igual que entonces, insensatamente, sintió el recio deseo de atraerla con fuerza y estrecharla entre sus brazos. Era una locura. Se daba cuenta de que a nada podía aspirar, porque el destino de la linda especialista en mineralogía estaba muy lejos de tropezarse con el de un simple piloto espacial. Lo mismo que astros de trayectoria distinta.

—Me cuidaré —prometió él, respondiendo a la muda súplica.

—No tarde, por favor.

Bill saludó a Leo agitando la diestra y luego, empuñó la pistola. Iba a salir. Abandonaba el seguro refugio. Accionó el resorte hidráulico de los mamparos de división y sintió que el latido de su corazón adquiría ritmo trepidante. Atrás, quedaba lo conocido y frente a él, al acecho, el misterio. No quiso turbarse con pensamientos vagos. La puerta ofrecía una rendija suficiente para permitir el paso de su cuerpo.

—Daré dos golpes rápidos con la culata y otros dos espaciados —advirtió—. Ésa será la contraseña. No abran a nadie que toque de forma distinta.

—¡Suerte, Bill! —vociferó, impulsivo, Leo Carvel.

El joven saltó con armónica flexibilidad y cayó de pie sobre el suelo del pasillo. A su espalda, sonando cual losa sepulcral, se cerró el mamparo blindado. Suerte… Quizá la necesitaba en realidad. Pegado a la pared, en alto la fulmínea pistola, aguardó varios segundos. ¡Cómo latía su corazón, retumbando en las sienes!

Silencio. Una quietud de camposanto. El pasillo, profusamente iluminado, se perdía al fondo. Poco a poco, confiándose al no captar indicios amenazadores, la normalidad volvió a su persona. ¡Nadie en torno! Bien abiertos los ojos y seguro el pulso, avanzó paso a paso, esforzándose en hacerlo tan sigilosamente como un felino. Los nudillos de su mano derecha estaban blancos a causa de la fuerza con que oprimía la culata. La única sombra que existía en toda la longitud del corredor pertenecía a la que proyectaba su propio cuerpo.

Tal vez la «cosa» se hallaba lejos de la proa. Descansando… o proyectando nuevas insidias.

Del éxito de su incursión en territorio vedado dependía una porción de factores. Leo, Kerman y Estrella serían más fáciles de gobernar con las necesidades cubiertas. Había llegado al final del pasillo y se introdujo en el elevador, después de examinar la jaula en evitación de sorpresas. Nada. Terreno libre. Debía aprovechar con rapidez las favorables circunstancias.

Cuando se encontró frente al depósito de víveres, igualmente solitario, suspiró de alivio. La confianza volvió a ganarle, aunque no por ello descuidó la atenta vigilancia. Cumpliría lo prometido, porque se lo había jurado a sí mismo. Dispararía al menor síntoma de agresión.

Valiéndose de la mano izquierda, tomó un envase de tejido plástico y comenzó a llenarlo de raciones alimenticias, hidrocomponentes para calmar la sed y concentrados vitamínicos. Una vez completo, juzgó que con ello dispondrían de provisiones para diez o quince «jornadas». Hubiese podido preparar otro envase, mas de pronto sintió un inexplicable escalofrío y la acuciante necesidad de salir cuanto antes del depósito.

Posiblemente su ansiedad desmedida obedecía a un estímulo nervioso y psíquico, tan lógico y frecuente en los seres humanos. Trató de dominarse y sólo lo consiguió parcialmente. La inquietud aumentaba. Empezó a temblar como un azogado de pura impaciencia.

Lo mismo que si fuese un ladrón, temeroso de ser pillado en pleno delito. Aquel pensamiento le hizo sonreír, con sonrisa nerviosa y crispada. ¡Llamarse a sí mismo ladrón cuando poseía todos los privilegios a bordo de la astronave! He aquí uno de los indiscutibles triunfos de la «cosa». Algo que podía apuntar indeleblemente a su favor. Los tenía atemorizados.

Cerró el envase y salió de la cámara. Entonces fue cuando, erizados los cabellos y trémulo de emoción, escuchó el suave sonido de un objeto «tierno» ludiendo reposadamente sobre la superficie del suelo. ¡Sip, sap, sip, sap...! No era mayor que un susurro, y sin embargo... ¡cuan agonizante para él! Desembocó en el pasillo apuntando frenéticamente al vacío. ¡Nada!

Miró al otro lado, precisamente por donde debía pasar. ¡Nada! De pronto, horripilado por un presentimiento, alzó la vista y clavó, desorbitados, los ojos en el techo. ¡La «cosa»! ¡Allí estaba, pegada como una araña asesina, suspendida a dos metros de su cabeza! ¡No lanzó un grito histérico por la sencilla razón de que sus cuerdas vocales parecían haberse convertido en fibras disecadas!

¡CHAP! El golpe, húmedo y viscoso, se produjo esta vez contra el suelo. Bill había saltado habilísimamente de lado, obedeciendo a un reflejo nato en el subconsciente del hombre: el de la defensa congénita. ¡Salvado por unos milímetros! Tan cerca cruzó de él, que sintió contra su rostro la vaharada mohosa, pútrida, desplazada por las capas del aire agitadas en la caída.

La fetidez sulfurosa, propia del aliento de la «cosa», casi tuvo la fatalidad de turbarle. Se quedó clavado en el sitio, como una estaca metida de un solo mazazo, y ello le proporcionó una magnífica ocasión de observar a su enemigo con cierto detenimiento. ¡Terráqueo

y «enigma» se miraron frente a frente!

Entonces, viéndole, comprendió algunas cosas y su fértil imaginación adivinó el resto. No. No se trataba de una sombra espeluznante y sobrenatural. Era un organismo extragaláctico, propio de un mundo astral perdido en la vastedad del espacio, lo que los terrestres designaban, genéricamente, como un «humanoide» o espécimen interplanetario.

Ni siquiera tenía apariencia de monstruo, porque su constitución física, aunque se apartaba de los moldes clásicos «humanos», era más completa que la de los reptilescos venusianos o las criaturas marcianas que sólo podían seguir viviendo en su planeta de origen.

Una cabeza, un cuerpo, dos extremidades superiores y dos inferiores. ¡He ahí todo! La diferencia estribaba en que su cráneo aplanado recordaba al de una salamandra y sus brazos tentaculares estaban rematados por manos palmípedas. Tampoco se diría que poseyese esqueleto, al menos óseo. Cartílago y tendones endurecidos. Quizá lo más extraño de todo era su boca descarnada y los ojos, dos globos blancos sin pupila, que relampagueaban como bolas de vidrio.

Bill apreció todo ello de una mirada. Le bastó por el momento y, además, no disponía de tiempo para más concienzudos exámenes. La «cosa», valiéndose de las ventosas que motejaban su piel, había estado suspendida en el techo, reptando por él, con la intención de zambullirse encima. Ahora se cambiaban las tornas. Esta vez no logró atraparle a traición y al fallar el método, que parecía ser el idóneo para sus fines de ataque, el espécimen se revolvió por el suelo, encorvado, tendiendo hacia él sus brazos tentaculares.

—¡Es tu última fechoría! —anunció Bill, perdiendo hasta el último adarme de temor—. ¡Ahora verás cómo las gastan los terrestres!

No fue una amenaza vana. Acaso no entendía su lenguaje, pero, de fijo, comprendería el poder de las armas. Bill movió la mano y la pistola apuntó hacia él. Cuando oprimió el gatillo —o tal vez media fracción de segundo antes— un chispazo de fuego lo deslumbró desde el otro lado del pasillo, enviándole una electrodescarga que cruzó por delante de sus ojos. ¡Un tirador oculto le disparaba en igualdad de condiciones!

Bill, que había saltado hacia atrás, falló el tiro y el impacto chamuscó la pared del corredor, dejando una raya negra. La «cosa», aturdida, se aplastó contra el suelo. Antes de que el piloto pudiese reponerse de la nueva sorpresa, el tirador emboscado repitió la electrodescarga, mas ahora no dirigida a su persona... ¡sino a la luz!

Un brillante arco de fuego eléctrico destrozó el circuito de cuarzo lumínico y sumió el pasillo en tinieblas. Aunque Bill disparó dos largas descargas consecutivas, lo hizo a sabiendas de que la excelente

ocasión de acabar con la «cosa» había pasado. Se pegó a la pared y aguardó. El tiroteo, alumbrando la negra cavidad, poseía ribetes de súper fantástico. Estaba deduciendo mentalmente la probable colocación del atacante armado, para fulminarlo de un latigazo llameante, cuando una voz gutural, amorfa, exclamó en incompleto «gercósmico»:

—¡Tu derecha! ¡Pegado a pared!

Bill se arrojó enseguida a tierra. ¡Qué oportuno, Dios! Una electrodescarga abrió surcos de chispas en el lugar que poco antes ocupara. Aquello le demostró, de súbito, que seguía en inferioridad ante sus enemigos. ¡La «cosa» poseía la facultad de «ver» en la oscuridad! ¡Era nictálope!

—¡Más abajo! —agregó—. ¡Tú acertar!

El reguero flamígero buscó, siguiendo las indicaciones del «humanoide», las rápidas evoluciones del terrestre para ponerse a cubierto. Dio de bruces contra el suelo y, sin poderlo evitar, soltó el envase plástico, desparramando su vital contenido por el pasillo. ¡La comida de los recluidos! ¡Una decisiva baza perdida en aquella partida siniestra! Indignado y colérico, Bill empezó a hacer fuego a media altura, sin separar el dedo del disparador.

Fue la suya una electrodescarga sostenida, interminable, que barrió el lugar de un extremo a otro. Ni un sofocado lamento le premió con la esperanza de haber acertado. Y cuando ya tenía decidido aflojar la presión... ¡el chorro de relámpagos eléctricos se extinguió! ¡El depósito ya no contenía munición!

Desde el lejano rincón volvían a «rayearle». ¡Buscaban su cuerpo! No le extrañó, porque el atacante poseía una pistola de reserva. ¡La que arrebató a Lino Fox y la suya propia! Si Bill hubiese sabido entonces la verdad, posiblemente no se habría lanzado —como lo hizo — a todo correr en busca del elevador.

Realmente, no pretendían matarle. El único objeto que los guiaba era capturarle; pero vivo. Existieron ocasiones sobradas para borrarle del Universo, la mejor, sin duda, cuando la «cosa» le tuvo a su merced, a punto de ejecutar la succiotrepanación. Sin embargo, el piloto espacial ignoraba tales extremos y, al quedar desarmado, se dio a la fuga. ¡No le restaba otra alternativa!

—Nosotros seguir rastro con lámparas —dijo el espécimen con su gurguritante acento—. ¡Él llevar polvo luminoso en pies! ¡Repetir lo que hicieron con mí!

—Sé a dónde conduce ese rastro —replicó otra voz, distinta y clara—. Dejaremos que vuelva con sus amigos. Después, le enviaremos el ultimátum. ¡Has sido un estúpido, Alusko! ¡Pudiste capturarle y se escapó!

—Él rápido y hábil. Yo no comprender.

—Sí. Bill Sanders es un piloto de la «categoría superior». Quizá el mejor de la PLANETAL.

Hubo cierta envidia, mezclada con admiración, al pronunciar la última frase. Bill debía haberla escuchado y, al fin, sus postreras confusiones se habrían esfumado. Pero el joven se hallaba entonces, todavía bajo los efectos de la excitación, metido en el elevador y ascendiendo raudo hacia la cabina.

En lo único que podía pensar, y no alegremente, era en que regresaba con las manos vacías para afrontar las mofas del sarcástico profesor Kerman. De un manotazo estrelló la inútil pistola contra el suelo. Y maldijo con toda su alma la negra suerte que parecía cebada en él desde algún tiempo atrás.

CAPÍTULO V

Ultimátum

Explicar prolijamente lo ocurrido fue cuanto pudo hacer para calmar la ansiedad de Estrella, Leo y Kerman. La explicación les satisfizo a los tres; pero no al propio Bill, quien la juzgaba mísera excusa en justificación a su manifiesto fracaso.

Sí. De nuevo había fracasado. ¿Es que «aquellos» nefastos polizones eran invencibles? Ahora ya no le cabía duda de que se trataba, cuanto menos, de «dos». El repugnante espécimen y su compañero de las pistolas. Por cierto que sabía manejarlas con destreza. ¡Como sólo puede hacerlo... ¡un terrestre!

La idea se fijó en su mente con tal penetración que estuvo torturándole durante la mayor parte de la «jornada». El relato contribuyó fundamentalmente a calmar la zozobra de los cuatro tripulantes oficiales de la espacionave. Representaba cierto alivio espiritual saber, al fin, que no luchaban contra quimeras intangibles, sino contra seres más o menos humanizados, pero tan mortales como ellos.

El alivio existía, desde luego, aunque para nada cambiaba la situación. Seguían prisioneros en la cabina. Sin agua y sin alimentos. Postergados a una vigilia que por instantes incrementaba un espeso clima de opresión.

—Han transcurrido las primeras doce «tehoras»[3] —señaló el profesor Kerman—. Usted dijo algo sobre la Base de Phobos, capitán Sanders.

—Es cierto. Celebro que me lo haya recordado.

—No soy tan malo como piensan —contestó el viejo amablemente —. Reconozco que he obrado... un poco a la ligera. Estaba disgustado con todos ustedes... pero creo que ya empiezo a asimilar los hechos.

—Ha decidido ponerse en razón, ¿eh?

—Estrella me ha convencido. Durante el tiempo que usted permaneció tiroteándose con los intrusos, me hizo ver claras algunas cosas. Acepte mis disculpas, por favor. Y también usted, Carvel.

Leo se desinfló y la animosidad que sentía por Kerman pareció esfumarse para siempre. En cuanto a Bill, sonrió amistosamente y cruzó una mirada con Estrella Malkon, en la que le patentizaba su agradecimiento por la desinteresada colaboración.

—Es mejor así. Hagamos causa común del conflicto en lugar de fomentar la discordia entre nosotros. Yo no le guardo ningún rencor, profesor Kerman.

—Ni yo —se agregó Leo Carvel—. En casos como éste nos

necesitamos mutuamente. Lo suyo fue… un malentendido.

—Prometo no volver a quejarme —giró los pálidos ojos hacia la muchacha y completó—: Aunque me muera de sed y de hambre.

—Encontraré la solución para evitarlo —dijo Bill—. Es cuestión de pensar con calma. Voy a llamar a la Base Policial. Gracias otra vez, profesor.

—Realmente, ha sido obra de la señorita… —Estrella fue a decir algo, pero el climatólogo la atajó con un gesto—. Sé que me he mostrado impertinente y que no pueden guardar buen recuerdo de mí. Les ruego que intenten olvidar el pasado y vean en estas palabras sinceros propósitos de enmienda.

—¿Sueño o estoy despierto? —ironizó Leo con su característico buen humor.

—Parece absurdo, ¿verdad?

—No, profesor —denegó Bill—. Es perfectamente natural. Ha vivido bajo la misma crisis nerviosa que nosotros, sólo que a usted le costó más superarla. Estrella le ha ayudado a tranquilizarse. En verdad… nos ha tranquilizado a todos. También yo he pasado algunos momentos de apuro. Ella ha sido un espejo ejemplar en el que pude mirarme para tomar alientos.

—Terminarán por ruborizarme —musitó la joven—. No sigan, se lo suplico. Después de todo, me he limitado a… a tomar los hechos con resignación. Hemos procurado sobreponernos. Lo más lamentable fue la muerte de Lino Fox. Pero nosotros, todos unidos, debemos seguir en la brecha.

—¡Bravo! —aplaudió Leo Carvel—. ¡Lástima no disponer de un trago para brindar!

A pesar de que sólo pretendía elevarles la moral, sus inocentes palabras tuvieron la malhadada virtud de recordarles el estado en que se hallaban. Fue como si un tétrico sudario cayese en torno a ellos, cubriéndolos de tristeza. Callaron, y cada cual volvió a refugiarse en sus íntimos pensamientos. Las manos de Bill accionaban los manipuladores de la emisora y aquél constituyó el único sonido que durante un largo período de tiempo animó la cabina de dilección. Sin embargo, el hielo ya había sido roto y le alegró sobremanera que Kerman prefiriese variar de actitud. Las insolencias y agresividades no servían de nada. Entendimiento y espíritu de colaboración representaban los elementos básicos para que cada cual, como deseaba Estrella, siguiese en la brecha. Y no podía discutirse que la batalla iba alcanzando su punto álgido, porque la sed, especialmente, comenzaba a corroerles con progresiva voracidad.

La potente emisora espacial de Phobos se hallaba a la escucha y la conexión fue establecida con mayor rapidez que en la primera transmisión. Buenas noticias. La exploronave había salido ya del

satélite marciano y surcaba la ruta cósmica para llegar a su encuentro. Bill explicó que la situación se hacía insostenible y que sólo la intervención de la Policía Interplanetaria podría librarles de la muerte lenta por desnutrición o la muerte rápida, cosidos a electrodescargas.

—Comprenden lo que nos ocurre, pero actúan con toda la rapidez de que son capaces —declaró Bill al terminar—. Me han ordenado que no abandone el rumbo por ningún concepto y que continúe en contacto con ellos cada doce «tehoras». Confían en llegar a tiempo.

—Siempre me ha fastidiado la dureza de métodos empleados por la policía del espacio —gruñó Leo Carvel—. Pero creo que los cubriré de besos cuando aparezca el primer casco blanco ante nosotros. ¡Benditos policías!

—Son un organismo ejemplar —añadió Kerman—. Fieles a su credo y capaces de cualquier sacrificio. Los admiro.

Acaso fue una estupidez. En realidad, el profesor no había dicho nada notable ni digno de ser tenido en cuenta. Hasta los niños terrestres sabían las proezas de los guardianes que imponían la ley en las fronteras cósmicas. En aquel siniestro e interminable vacío espolvoreado de astros opacos o luminosos, donde el Hombre era apenas una molécula más de polvo interestelar animado de vida. Pero sirvieron para agitar un oculto recuerdo que dormía en su subconsciente. Estrella Malkon, que se encontraba a su lado, murmuró:

—¿Alguna idea?

—No lo sé todavía —replicó él—. De momento, es sólo un recuerdo.

—¿En qué piensa, Bill?

—En las palabras del profesor. Yo tampoco me he sentido jamás demasiado inclinado por la Policía Interplanetaria. Hasta he llegado a censurarles. Ahora estaba recordando lo que le ocurrió a T-004, un agente secreto que trabajaba a las órdenes del capitán Chimber, allá en Ganímedes. Fue el anónimo artífice de la victoria alcanzada en los glaciares de las «ciénagas». Prácticamente, sofocó una rebelión. Y, en pago, lo dejaron morir, sin hacer nada para salvarle. ¿Lo sabía?

—Sí. El señor Kusock me explicó algo. ¿Ha encontrado alguna relación entre T-004 y nosotros?

—¿Cree que la hay?

—Yo no acierto a dar con ninguna.

—Verá, Estrella… —Bill contempló el fondo de sus bellísimos y profundos ojos negros—. No es que haya descubierto nada concreto, pero tengo mis teorías propias desde que me persiguieron a electrodescargas por el pasillo. Aquello tuvo algo de revelador. La «cosa», o el espécimen para ser más exactos, se hallaba a mi merced. De no haber intervenido el hombre de la pistola…

—¡Bill! —exclamó ella.

—¿Qué sucede?

—¿No se da cuenta? ¡Ha dicho... «hombre»!

Sanders asintió a lentos cabezazos.

—Sí. Es curioso, ¿verdad? Me he encariñado con esa creencia. En cierto modo, está justificada mi inclinación, porque no imagino a un palmípedo accionando el gatillo y disparando con semejante rapidez y puntería. Queda, además, el hecho de que las palabras que escuché fueron pronunciadas en «gercósmico», un idioma inventado «por» y «para» los terrestres...

—¿Supone que...?

—No se precipite. Sólo estoy deduciendo. ¿Por qué no ha de ser todo obra de una persona como nosotros? ¿Es tan ilógico?

—Sería abyecto y monstruoso permitir que un bicho inmundo practicase la «muerte cerebral» con sus hermanos de raza. ¡No tendría perdón!

—Quizá se trata de un desequilibrado...

—¡Bill! —gritó, alterado, Leo Carvel—. ¡Llaman por el telecomunicador!

La conversación quedó bruscamente interrumpida. Hecha añicos y postergada. Una corriente de cientos de voltios en acción no le habría producido semejante sacudida. ¡Llamada por el telecomunicador! ¿Estaban ya volviéndose locos?

Giró en redondo, abiertos los ojos y prieta la boca en una línea dura. ¡Increíble! El control situado encima del aparato... ¡emitía parpadeos de luz!

—Pe... pero... —empezó Kerman, atragantándose—. ¡No es posible!

—¡Vaya que lo es! —masculló Bill, avanzando a largas zancadas —. ¿Qué opina de esto, Estrella? ¡No me diga que la «cosa» conoce el funcionamiento! ¡Sería demasiado!

—¿Vas a responder? —preguntó Leo, anhelante.

Una pausa. Un segundo de intensa meditación. Un rictus en la boca varonil, desafiante.

—Sí. Apuesto algo a que se trata de un mensaje para mí.

—Escucha, Bill... Si no es la «cosa»... ¿quién diablos puede ser el bromista que...?

—Te lo diré antes de que termines la pregunta. ¡Ahora lo sé con certeza! La persona cuyos restos de sudor empañaron el interior del bloque de uranio.

—Es que...

—La misma que impidió al «humanoide» succionarme el cerebro por el agujero de la nuca —amplió—. ¡Y la misma, también, que se apoderó de las pistolas y las lámparas «luminofósticor»! ¿Necesitas

otras aclaraciones? Pues agárrate, porque ahí va la más abrumadora. Todos ustedes van a quedarse boquiabiertos cuando lo sepan. ¡Pío Garrison, el hombre enloquecido por la «fixofilina»!

—¡No! —clamaron Leo y el profesor.

—¡Oh, Bill! —plañó Estrella Malkon—. ¡Es inverosímil esa historia! ¡Pío Garrison murió despedazado por los proyectiles de cobalto!

—Ahí radica el gran error. El nuestro y el de Kusock. Lo dimos por muerto cuando, en realidad, seguía tan vivo como siempre y más deseoso que nunca de vengarse de la PLANETAL. ¡Es un demente! Pero al final se salió con su empeño... ¡y escapó de Ganímedes!

La serie de contundentes revelaciones dejó fríos a los terrestres. El control, acaso burlón, parpadeaba lentamente, repitiendo la llamada. En medio del tenso «suspense» creado por el estupor, Bill Sanders iluminó la pantalla y se puso al habla. No le fue posible ver a su interlocutor. ¡Una gran mano palmípeda, pegada al televídeo, ocupaba todo el espacio rectangular!

—Necesito hablar con el capitán Bill Sanders —pidió una voz perfectamente articulada. ¡Una voz «humana»!

—Estoy a la escucha. Dígame lo que desea.

—¿Es realmente quien figura ante la pantalla?

—Si abandona los trucos impresionistas y le dice a su muñeco particular que retire la mano, podrá contemplarme con sus propios ojos. Y no espere que me sorprenda. Pese a su empeño, he revelado su identidad. ¿O es que tiene miedo de mostrarse tal como le dejaron los proyectiles cobálticos, Pío Garrison?

Otro silencio. Un «suspense» mayor que el anterior. Más denso y asfixiante. Todas las miradas convergieron en Bill Sanders, pendientes de él. Había lanzado una hipótesis al viento, un reto increíble al aire. ¡Desearon con fervor estar equivocados!

—Sabía que era usted inteligente... pero no le creía tanto.

Ésta fue la respuesta y, aunque tardó en llegar, les pilló de sopetón. Así pues... ¡lo admitía! Pío Garrison no murió en las «ciénagas» heladas, bajo la tempestad química y las cargas de cobalto explosivo. ¡Estaba vivo! ¡Vivo y, por añadidura, a bordo de la nave!

—Demasiadas circunstancias acumuladas —contestó Bill—. Por fuerza debía acabar sospechando la verdad. ¿A qué ocultarse ahora? Déjese ver de una vez, Garrison.

—Todavía, no. Hay algo de razón en lo que dice. Tengo el rostro desfigurado. Horriblemente desfigurado, Sanders.

—Le compadezco —manifestó Bill con acento sombrío—. Le he compadecido siempre. Desde que supe por labios del señor Kusock la desgracia ocurrida a su esposa, sentí lástima y repudié el acoso de que era objeto. Usted quiso vengarse de los que creía culpables por

ineptitud. Una venganza que poseía visos de justificación. Pero tomó el peor de los caminos, fomentando rebeliones y atacando a mansalva. Mientras estuve en Ganímedes permanecí de su parte…

—Eso facilitará lo que voy a pedirle.

—Se equivoca. Dije «mientras estuve». Ahora es distinto. No sé de qué medios se habrá valido para escapar, y hasta ignoro cómo logró introducirse en el bloque de uranio que formaba número del cargamento. Sin embargo, hay varias cosas contundentes e imperdonables en su contra. La muerte de Dayton, el injusto final de un hombre honrado como era Fox y el cerco de terrores a los que nos ha sometido. No, Garrison. Eso no lo disculparé jamás. Ha trocado la lástima en odio. Es usted un renegado de la peor especie. Pienso exactamente igual que Kusock y el capitán Chimber. ¡Hay que aplastar a los tipos de su calaña!

—¿Por qué se esfuerza en amenazarme? Soy yo el dueño de la situación.

—La nave irá a donde yo la lleve. ¡Y puedo conducirla al fin del cosmos!

—Están aislados. No me haga reír. Si se obstinan, les dejaré morir de hambre y sed. La nave no podrá ser guiada a ningún sitio… por cadáveres. No pretendo causarles daño… si es posible evitarlo. Escuchen mi proposición.

La mano del ser extragaláctico seguía pegada a la pantalla desde donde telecomunicaban, impidiendo la visión del que hablaba. Kerman, abatida la cabeza, apenas si se atrevía a respirar. Leo Carvel parecía idiotizado por una sensación superior a su capacidad comprensiva. Estrella, muy despacio, anduvo hasta colocarse detrás de Bill y oprimió con las manos sus atléticos hombros.

—Bien —gruñó el piloto—. Hable. Oigamos sus pretensiones.

—Es casi un ultimátum. No tienen otra alternativa que obedecer. Les otorgaré un plazo prudencial para que lo discutan entre sí.

—No cante victoria antes de tiempo.

—Puedo hacerlo, Sanders. Lo sé con seguridad. Su sacrificio sería una inútil majadería, porque domino la espacionave y les desalojaré de la cabina por las malas si se niegan a dejarla por las buenas. Respetaré su vida siempre que acaten mis mandatos. Sobre esto abandonen los recelos.

—¿Es posible confiar en las palabras de un «fixonómano»?

Una risita mordaz rubricó la pregunta de Bill. Luego, variando de tópico, Pío Garrison prosiguió:

—Salgan ordenadamente y entréguense. Les daré comida e hidrocompuestos. Su agonía habrá terminado. A cambio, les pido que colaboren en mi plan.

—¿Cómo?

—Conduciendo la astronave a Kristalgen 18.

—¿Qué se le ha perdido a usted en el planetoide?

—Eso es preguntar demasiado. Necesito presentarme allí. Proyecté la fuga de Ganímedes hace tiempo, con toda meticulosidad, asegurándome que nada fallaría a última hora. Ha salido bien la operación y exijo de usted que ponga la nave a mi disposición. Hay «alguien» que me aguarda. Admita que no pido nada extraordinario, porque volamos por el «reino de los enanos» y Kristalgen 18 se encuentra a escasa distancia.

—¡Usted qué sabe!

—¡Lo sé!

—Solo no podría jamás llegar, aunque lo tuviese delante de la nariz.

—No importa. Bill Sanders conoce las rutas espaciales y me transportará ¿Verdad, Sanders?

—Me niego a pactar con un asesino.

La risita se repitió, sin elevar el tono apagado. Estrella Malkon crispó las manos sobre los hombros de Bill al tiempo que Kerman enderezaba la cabeza y Leo Carvel se humedecía los resecos labios con la punta de la lengua.

—Ya le advertí que no me dejaría avasallar —dijo Garrison—. Están a mi merced. Conozco su demanda de socorro a la Base de Phobos… y no me inquieta en absoluto. La Policía Interplanetaria nunca podrá localizarles. Voy a dejarles unas horas para que se pongan de acuerdo. Traten de darme la respuesta satisfactoria y ahórrense sufrimientos vanos. Les haré claudicar contra su voluntad en el caso de una negativa.

—Nada puede hacer contra nosotros. Los mamparos que separaban la cabina del resto de la espacionave son a prueba de ataques. Minerometal infundible. ¿No lo sabía, Garrison?

—Hace mucho tiempo. No olvide que trabajé para la PLANETAL antes de que usted consiguiese la licencia para pilotar cargueros. También sé infinitas cosas más sobre los instrumentos de a bordo. Me bastaría con inutilizar un par de ellos… y la espacionave acabaría anclada en el vacío. ¿Les seduce la perspectiva de verse reducidos a pobres náufragos cósmicos? Pasarían décadas antes de que alguien acertase a descubrirles.

—Usted correría la misma suerte.

—Yo tengo a mi disposición el depósito de víveres. Medítenlo. No se alegren pensando en que la Policía Interplanetaria realizará el milagro. Soy el que manda, y éste es mi ultimátum. Volveré a telecomunicar más tarde.

—¡Oiga…!

La pantalla se apagó, borrando la visión de la mano rugosa y

extinguiendo el sonido de la voz. El hombre a quien ellos suponían muerto había hablado. Ordenó que se convirtiesen en cómplices de su causa demencial. Ningún Tribunal Jurídico de la Tierra les absolvería del delito de traición, a pesar de que la complicidad sería realizada forzosamente.

Bill miró a los reunidos y esperó sus palabras. Pero nadie tuvo alientos para pronunciar la primera sílaba. ¡Permanecían helados de horror!

CAPÍTULO VI

Claudicación

Era espantoso saberse dominados por un maniático vicioso de la «fixofilina». La terrible droga le envenenaba el alma y el cerebro. Ya no quedaba nada del Pío Garrison que Bill conoció. Estaba tan muerto socialmente como Katia, su bella esposa consumida por las fiebres de Júpiter.

Ahora podía definirlo, porque era un instrumento cruel que vivía sólo para la demoníaca venganza. Kusock, el gordo y sudoroso director de la Base Uránica, estuvo en lo cierto. No capitaneaba un movimiento revolucionario con fines de liberación. Su venganza, neurótica y fanática, sintetizaba el principio y el fin sin otras miras reivindicadoras. Los trabajadores —forzados o libres— que dejaban su salud en los yacimientos de uranio, le habían creído un libertador. Sólo Kusock vio la verdad y aquilató el alcance del movimiento.

La ley de Alerta, la guerra civil y el bombardeo final no trajeron la paz a Ganímedes, sino una simple tregua momentánea. Pío Garrison quería llegar a Kristalgen 18, un planetoide habitado por la escoria del espacio. Sólo un tonto se habría obstinado en ignorar el trágico alcance de su viaje.

—Va a organizar un ejército y atacará Ganímedes —declaró Bill —. Allí todavía cuenta con adeptos y le será fácil hallar solidaridad. Si alguien no lo evita, correrá la sangre igual que cuando dio principio el conflicto que forzó a los Gobiernos Conjuntos a la contienda general. Mas ahora será infinitamente peor, porque hay muchos descontentos en los astros del espacio. Podría originarse una guerra cósmica que acarrearía la destrucción de los mundos menos belicistas. ¡Y nosotros cruzados de brazos!

—¿Podemos hacer algo? —mascullό Leo Carvel—. Estamos prisioneros.

—¿Es cierto lo que augura, Bill?

—Desgraciadamente es cierto, Estrella. Por una ironía del destino, el futuro del sector jupiteriano, primero en sentir el zarpazo que Garrison prepara, depende de nosotros cuatro. Somos los únicos que conocemos sus propósitos.

—Bill tiene muchísima razón —intervino el profesor Kerman—. Desde hace algunos siglos, los imperios espaciales son como un gran lago de glicerina protónica. El primero que produzca la frotación, originará un estallido que tendrá repercusiones desde la Tierra a Plutón. Garrison representa el peligro de fricción. Ha madurado un plan y cuenta con los millones de descontentos que se unirán a su

escuadrón de indeseables reclutados en Kristalgen 18. ¿Me equivoco, Bill?

—No. Continúe.

—Si atacan Ganímedes y el mercado del uranio pasa a sus manos, Júpiter se alzará en armas contra la Tierra, al saber igualado su poder. La Tierra no puede vivir sin uranio. Lo necesitamos para usos químicos e industriales. La mayoría de los tratamientos físico-médicos exigen el mineral. En la historia de nuestro mundo se vivió la Época del Oro, del Radium y de la Energía Atómica. Hoy en día impera el Uranio. La venganza de Garrison es sólo un pretexto, al amparo del cual se tambalearán las grandes economías y los gobiernos más sólidos. No, amigos. No permitamos que ocurra el cataclismo.

—Justo, profesor. Ha plasmado usted en unas palabras la inmensa complejidad de la conflagración universal que se avecina.

—¿De qué medios disponemos? —rezongó Leo Carvel—. ¡Ni siquiera tenemos una pastilla alimenticia y un sorbo de líquido! ¿Es posible luchar en semejante estado?

Bill Sanders descargó un seco palmetazo sobre su muslo derecho y el brillo de sus ojos volvió a ser animoso.

—¡La emisora! —recordó—. ¡El único medio de comunicación con el exterior de la nave!

—¡Muy bien! —asintió Kerman—. ¡Llame enseguida a Phobos! Cuando ellos lo sepan someterán a vigilancia Kristalgen 18 y podrán ocuparlo militarmente al menor indicio de efervescencia, amordazando la acción ofensiva.

—¿Qué haríamos sin usted, Bill? —murmuró Estrella, en cuyas pupilas titilaba un relumbre de lágrimas—. ¡Pido a Dios que termine pronto esta pesadilla!

—Quizá estamos llegando al final… o al principio —contestó el joven, instalándose frente a la emisora electrónica—. ¡Bueno! ¡Adelante con la tarea! ¡Espero poderle dar a Garrison una aplastante respuesta a su ultimátum!

El contento, sin embargo, fue tan fugaz como la cárdena cicatriz de un relámpago en el firmamento. ¡Todo había sido previsto por el diabólico ex técnico de la Compañía y no amenazó en vano al asegurar que conocía los resortes para obligarlos a claudicar!

Verdaderamente, los cuatro se hallaban seguros en la cabina y a salvo de ataques gracias a la indestructibilidad de los mamparos extra-blindados. Pero los instrumentos de espacionavegación ocupaban toda la proa de la nave. Pío debió limitarse a desconectar algunos de los canales electrónicos, y cuando el chasquido de los reóstatos sonó… ¡ni una sola luz se encendió en la emisora interplanetaria!

—¡Maldita sea! —se indignó Bill—. ¡Es imposible que funcione sin energía!

Kerman dio un respingo y Leo Carvel se mesó desconsolado los cabellos. Estrella Malkon, cubriéndose el rostro con las manos, sofocó una exclamación y miró a Bill, angustiada, igual que esperando de él la extraordinaria solución al nuevo conflicto.

—Lo siento —dijo éste, esforzándose en dominar el furor—. Se nos ha anticipado.

—Es el fin —lamentó Kerman—. El fin de todo y de todos. Hemos vivido de ilusiones; pero hay que afrontar la realidad. No crea que deseo volver a mostrarme quisquilloso, Bill. Le doy mi palabra de que siento un sincero impulso de colaboración. Sin embargo, no existe arreglo posible encerrados en este lugar. Tomemos el corte de energía como un aviso.

—Ahora comprendo por qué no le inquietaba nuestra radiación a Phobos —filosofó, suspirando, Leo.

—¡Mantendré el rumbo a toda costa! —prometió Bill—. Admito que nos ha dejado «mudos». ¡Conforme! En la Base Policial carecerán de mensajes. ¡Pero tarde o temprano se cruzarán nuestras naves en la ruta! ¡Nos descubrirán por ionización radárica!

Estrella comenzó a sonreír, más animada. ¡Nadie podía derrotar a Bill Sanders, porque siempre encontraba el recurso supremo! El profesor Kerman, que negaba pausadamente con la cabeza, sacrificó sus incipientes esperanzas con ruda franqueza.

—Cuando nos descubran, si esto llega, apenas seremos cuatro esqueletos deshidratados y famélicos —dijo—. ¿O es que también ha solucionado el problema de la alimentación?

—¡Cállese! —rugió el piloto, despidiendo chispas por los ojos—. ¡Estoy harto de que nos agüe la fiesta!

—El profesor tiene razón, Bill —arguyó Leo Carvel.

—Sí. ¡La tiene! —Sanders suavizó la dureza de su mirada y pugnó por recobrar la calma—. ¡Eso es lo lamentable! Per… perdone, profesor. Soy yo quien ahora da el mal ejemplo.

—No me ha molestado. Vamos a terminar todos con la mente desquiciada antes de que finalice la racha de sinsabores. Lógicamente, Garrison ya ha prevenido cualquier contingencia. Sólo de este modo, se explica que reconozca su identidad y se atreva a usar el telecomunicador. Ha vencido. Reconozcámoslo, Bill.

—Aún no. La derrota es lo último… al menos, en lo que a mí respecta.

—¿Ha olvidado sus responsabilidades para con los demás?

—Claro que no. Les propongo que lo sometamos a votación. No pretendo ser tiránico con los prejuicios ajenos.

—Una buena idea —afirmó Kerman—. Yo aporto mi voto para que salgamos de aquí ¡Me estoy muriendo de sed!

—¿Tú, Leo? —preguntó Bill, sin dedicar comentarios a la

confesión.

—Pues yo... —vaciló, se rascó la frente y expulsó de un resoplido todo el aire almacenado— entreguémonos, muchacho. Quizá con el estómago lleno se nos ocurra algo más eficaz. El estancamiento no conduce a ninguna parte.

—Usted falta votar, Estrella —señaló el piloto, rehusando mirarla abiertamente.

—También falta usted, Bill.

—Ya conocen mi resolución. Permaneceré en la cabina, porque éste es mi puesto, sea cual fuere el resultado. Pero no tengo derecho a privarles de la libertad.

—Voto con sus palabras —sonrió ella—. Me quedo.

—¡Se queda! —chilló Kerman—. ¿Está en sus cabales, señorita Malkon? ¡Será la primera en sufrir los efectos de la desnutrición!

—Pienso resistir hasta donde alcance el capitán Sanders.

—¡Es una tontería!

—Que no nos puede sorprender demasiado, ¿verdad? —deslizó Leo Carvel—. ¡Oh, la juventud! ¡Aunque transcurran mil siglos más, el corazón seguirá latiendo y emocionándose por los mismos afectos!

Bill Sanders y Estrella Malkon, ajenos a cuarto sucedía en torno, se miraban. Lo sabían desde mucho tiempo antes, aunque jamás brotó una palabra reveladora de sus labios. Lo adivinaron cuando sintieron el sugestivo contacto, cuerpo a cuerpo, aquella noche angustiosa de las amenazas preliminares. El amor no conoce límite en los sacrificios, y por ello se le considera la más sublime de las locuras.

—Piénselo un poco...

—Está pensado, Bill. Acépteme a su lado.

—Antes le diré un par de cosas. Yo he visto el cadáver de un hombre cuya nave se perdió en el espacio. No podrá imaginar nada más horrible, Estrella. Por simpatía hacia mí, no debe dejarse arrastrar...

—¿Supone que es sólo simpatía?

—¿Para qué discutir? —intervino Leo—. Estrella no necesita pensarlo ni medio minuto, y si tú ignoras la razón... ¡es que en vez de cabeza tienes un pedazo de roca sobre los hombros!

Bill murmuró algo por lo bajo, algo dulce y tierno, porque su expresión adquirió suave placidez. Se limitó a alargar la mano y ella, sonriendo, la estrechó con fuerza. Nada dijeron, ni nada, tampoco, necesitaban decir. El amor no precisa de frases cuando es bien sentido.

—Dos votos a favor y dos en contra. ¡Estamos empatados! ¿Qué le parece, profesor?

—Que seguiremos en la cabina, Leo. Ahora... no voy a preocuparme en aguarles la fiesta. Felicidad, Estrella. Y enhorabuena, Bill.

Hasta en la guerra hay un poco de paz. Por ello, también en la opresiva y torturante atmósfera de la espacionave, brilló el rayo de luz que marcaba la dicha de los terrestres enamorados en circunstancias tan adversas. Estrella y Bill, sentados muy juntos y con las manos entrelazadas, consiguieron ausentarse del tétrico mundo en que vivían. Leo y el climatólogo, acaso contagiados, se olvidaron momentáneamente de la sed abrasadora que les consumía y renunciaron a turbarles las mieles con sus ecuánimes objeciones.

Así, en calma y sufriendo resignadamente las penalidades, transcurrieron las horas del plazo ofrecido por Pío Garrison. La astronave carguera cruzaba como un proyectil por el salpicamiento astral que daba fisonomía propia al «reino de los enanos». Cada instante que transcurría, cada microscópica combustión registrada por el automedidor de «automgánsicos», significaba un acercamiento mayor hacia la exploronave policial que arrancó veloz de Phobos para acudir en su auxilio.

A no ser por la sed, tormento insufrible que inflamaba sus lenguas y ponía brasas de fuego en las respiraciones, habrían llegado a sentirse complacidos. El hambre puede sorportarse por más tiempo; pero no la sed. ¡Y menos en el espacio, donde hasta la oxigenación artificial reseca la garganta y boca convirtiéndolas en estropeado tejido antihúmedo!

Los arrullos terminaron y todos volvieron a la realidad. De nuevo sumergidos en aquella realidad cáustica y excitante. Los controles parpadearon, anunciando la esperada y a la par temida llamada. Bill iluminó la pantalla, ocupada por la mano palmípeda que impedía ver el rostro destrozado de Pío Garrison. Nadie consiguió evitar un estremecimiento.

—Dígame. Soy Sanders.

—Ya sabe lo que quiero. ¿Cuál es la contestación?

—Nada ha variado, Garrison —replicó Bill, sintiendo en los suyos la presión de los tibios dedos de Estrella—. Seguiremos aquí.

—¿Sin provisiones?

—No las necesitamos.

—Celebro que conozcan el secreto de la vigilia prolongada. Es uno de los grandes defectos del organismo humano, porque necesita todos los días su ración de combustible alimenticio. Son ustedes cuatro incorregibles optimistas... sin salvación. No voy a insistir, ya que ello sería rogar y me reservo los mejores triunfos. Pero les anticipo que no podrán mantener su actitud mucho tiempo.

—Preferimos morir antes que permitirle llegar a Kristalgen 18. Veremos quién se cansa primero, Garrison.

—¿Cree que seré yo?

—Seguro.

—Le diré algo… que echará por los suelos su falsa esperanza —Pío Garrison sonrió a medio tono, burlón y envanecido—. He prometido hacerles salir de su refugio por las malas y temo que contra su terquedad no exista otra solución. Bien. Apelaré a ella, puesto que me obligan. Creo que ya habrán comprobado que la emisora no funciona, ¿verdad?

—Cada milla espacial que recorremos nos aleja mas de Kristalgen 18, el planetoide que representa su salvación…

—¡No sea chiquillo, Bill! —cortó Garrison con energía—. También convendría agregar que, en consecuencia, acortan la distancia en la ruta hacia Phobos, ¿no es así? Pues, no. Se equivoca, amigo Sanders. Tengo medios a mi alcance para impedir que la nave siga avanzando.

—Ya lo sé. Y le animo a ello. Vaya al gabinete de propulsión y destruya las toberas. Será suficiente para que la nave deje de volar y caigamos en el campo de atracción de cualquier astro próximo. La velocidad de impulso es lo único que impide esta catástrofe. Hágalo, Garrison. ¡Su destino va unido al nuestro!

—Le dejo con esa idea. No quiero entristecerle. Pero escuche esto: Si dentro de seis horas más no se entregan voluntariamente, les…

Bill Sanders lanzó una carcajada y esta vez fue él quien, rápido, cortó la telecomunicación, dejando al ex técnico con la palabra en la boca. ¡No soportaba ya su tonillo de suficiencia!

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Estrella, tuteándole abiertamente—. Acaso iba a decir algo importante.

—Sólo quiere desmoralizarnos. Nunca descubriría su auténtico juego, Estrella. Por otra parte, dudo mucho que se atreva a averiar los instrumentos navegatorios de a bordo. Él ansia llegar a su planetoide. La única arma que puede esgrimir contra nosotros es la falta de comida e hidroconcentrados. Pero no corremos ningún riesgo. Nadie escupe hacia lo alto, por temor a que su propia saliva le alcance a él.

—Es suficiente la perspectiva de morir por falta de esas materias vitales —recordó Kerman.

—Deje que piense en mis palabras. Él se encuentra tan prisionero como nosotros. Mientras avanzamos por el espacio le alejamos de Kristalgen 18… ¡y nos aproximamos a Phobos! Ya verán como será Pío quien claudique. Y entonces, impondremos condiciones.

—Está loco y no le detendrá ningún razonamiento.

—Tranquilícese, profesor.

—¿Cómo puedes decirlo con tanta seguridad, Bill? —inquirió Leo Carvel.

—Muy sencillo. Garrison hace meses que vive sólo para su venganza. No ha hecho más que comenzar, puesto que en Ganímedes su rebeldía fue duramente castigada. Tiene que regresar y aplastar la Base de la Compañía, para después hacerse fuerte y sostener la guerra.

El uranio le dará poder. ¿Cómo se les ocurre pensar que desperdiciará la oportunidad dejando el carguero varado en el espacio? ¡Imposible!

—Llevamos sufriendo «imposibles» desde que descubriste el bloque de uranio. Pero lo cierto es que Lino Fox ha muerto, que nosotros estamos arrinconados aquí y que ese tipo y su espécimen dominan la situación. ¡No más imposibles, por favor!

—Pido a todos que tengan confianza. Atravesamos un momento decisivo y la próxima vez que se encienda la pantalla será para traernos la libertad. Soportaremos el trance. ¿No les seduce imponer nuestro propio ultimátum al que tanto nos ha hecho sufrir?

Asintieron. La poderosa personalidad de Bill dimanaba fascinación, inyectándoles renovados ánimos. Estrella, especialmente, abrigaba inmensa fe en el hombre que amaba con pasión. Las horas siguientes fueron de enorme prueba. No hablaron, porque esto todavía aumentaba su desorbitada sed.

Estaban derrengados, molidos físicamente a pesar de que parecían llevar cien años confinados en la cabina. Exhaustos, agotados, se tendieron en el suelo, buscando reposo. Sólo Bill, atento a los mandos, continuaba indoblegablemente en su puesto.

Lo que ocurrió, cuando más confiados se hallaban, fue para ellos una catástrofe de colosales dimensiones. Echó a rodar muchas convicciones nacidas al calor de las seguridades de Bill y, sobre todo, les anonadó por lo asombroso de la manifestación.

La violentísima sacudida, al producirse, los proyectó salvajemente de un lado a otro y Sanders fue arrancado del asiento mecánico lo mismo que si una mano gigantesca lo zarandease sin piedad. Estuvieron aturdidos varios instantes, pasmados ante el misterioso encontronazo que encabritó la espacionave. Fue tan sobrecogedor como un movimiento sísmico... ¡pero en completo silencio!

—¡Un meteorito! —aventuró Leo Carvel—. ¡Debió rozarnos!

—No —rechazó Bill, que ayudaba a incorporarse a Estrella—. ¿Alguien ha escuchado el golpe? No existía peligro a la vista en la ruta interestelar, ni los mecanismos de protección señalaron la alarma. El cabeceo ha sido producido por nuestra propia nave... ¡Viene de «dentro»!

—¡Pío Garr¡son! —musitó la joven, abrazándose a Bill.

—Lo más probable. ¿Se habrá atrevido a aceptar mi reto?

—Observa los medidores, Bill. ¡Navegamos a la deriva!

El piloto siguió el índice de Leo y contempló, en el cenit de la excitación, que efectivamente las esferas del salpicadero registraban cifras y grados inexplicables. Casi en aquel instante, cuando la atención de todos se hallaba acaparada por la anormalidad de los síntomas súper extraños, el telecomunicador dio la señal de llamada. Bill dirigió una mirada asesina al aparato, porque empezaba a odiarlo

casi tanto como al mismo Garrison.

—Ahí tenemos la explicación —manifestó Kerman, frotándose la dolorida pierna lastimada por el batacazo—. Seguro que va a burlarse de nosotros. ¿Qué piensa replicar ahora, Bill? ¡Ya le advertí que estábamos copados!

—Tal vez —Bill se separó de Estrella—. ¿Significa eso que hemos de acatar sus órdenes?

—No hay otra escapatoria. Leo es de mi parecer, ¿verdad?

—Creo que resulta inútil resistir, Bill —repuso el copiloto—. Si la nave no puede avanzar, hasta la esperanza de ser salvados por la policía se desvanece. Hazlo por Estrella, muchacho. Apenas se tiene en pie, de debilidad.

—Yo todavía no pido clemencia...

—Eres muy valiente —reconoció Bill—. Más que algunos hombres. Pero te quiero igual sin sacrificios.

Estableció la comunicación y se pasó la trémula diestra por la frente, igual que tratando de ahuyentar negros pensamientos. Nuevamente la mano porosa del espécimen, la risita aborrecible de Garrison y el acento complacido de su voz, sarcástico al preguntar:

—¿Están todos ilesos?

—¿Qué barbaridad ha cometido, Garrison?

—Le gustaría saberlo, ¿eh? Bien —abrió una pausa efectista—. No tienen emisora, ni esperen que la Policía Interplanetaria les encuentre en la inmensidad de este océano gaseoso. Insistí mucho en que yo poseía «todos» los triunfos, pero usted no me creyó. No salgan si no quieren. Puedo esperar hasta que se consuman.

—¡Dígame qué ha pasado!

—¿Por qué no echa una ojeada a las pantallas de observación cósmica?

—Ya lo hice. Navegamos a la deriva.

—No exactamente a la deriva. Estamos describiendo círculos excéntricos, que nos apartan de la ruta en sentido horizontal. Ha sido muy fácil, Bill. ¡Sólo tuve que desprender los refuerzos que unen un multigiróscopo exterior! Se hundió en el vacío como un granito de arena... ¡y la nave perdió su estabilidad direccional! ¿De qué forma piensa guiarla hasta Phobos?

—¡Ha firmado su propia sentencia! ¡Envejeceremos dando vueltas en esta maldita zona planetoidal!

—¿De veras me considera tan estúpido? En la cámara de reparaciones guardan multigiróscopos de repuesto. Mi compañero Alusko, a quien ustedes llamaban cómicamente la «cosa», lo descubrió el día que robó la pila al profesor Kerman. Bastará con que usted y su mecánico salgan al vacío e instalen el accesorio en su lugar.

—¡Me niego!

—Conforme. Ya saben cuál es la situación. Si les encanta morir…

—¡Espere!

—¿Se le olvidó decirme algo?

Bill tuvo que morder con saña sus labios agrietados para sofocar una imprecación. Paseó la mirada, cargada de encono, por el rostro de Leo y el de Kerman. Luego, abatido, contempló a Estrella, flojamente sentada al lado del sillón de mando. No podía más, desde luego. La sed hacía febriles los ojos y entreabría las acartonadas bocas. Pío Garrison había vencido y a él correspondía celebrar la claudicación.

—Vamos a salir —declaró con esfuerzo—. Espero que cumpla lo prometido.

CAPÍTULO VII

En el siniestro vacío

Bill fue el último en abandonar la cabina, porque antes de salir a entregarse en manos de Pío Garrison cortó el encendido del salpicadero y la energía propulsora cesó instantáneamente.

La espacionave era ahora lo mismo que un gran planetoide metálico, inmóvil en el vacío poblado de cuerpos gravitatoriales suspendidos entre el velo negro de la tenue atmósfera interestelar. Lentamente, muy poco a poco, alguno de aquellos astros iniciaría su atracción.

Quizá transcurriesen diez «teaños» antes de que la nave fuese atraída hasta quedar pegada a la corteza superficial del mundo. Sólo la instalación del multigiróscopo de repuesto evitaría el proceso de adherencia planetal. Estaba seguro de que Garrison no se conformaría con la llamada «sentencia del espacio». Urgía acoplar el multigiróscopo y salir cuanto antes de la zona peligrosa.

Únicamente Bill y Leo podían hacerlo, porque la instalación mecánica requería profundos conocimientos de cohetoingeniería. Casi se alegró al saber que las fuerzas estaban equilibradas. Pío poseía los alimentos necesarios para la supervivencia; pero los «vagaespacios» tenían en sus manos el resorte capaz de permitirle continuar el viaje a Kristalgen 18. Ambos se necesitaban. Debían complementarse. ¿Habría entendimiento posible o, por el contrario, seguiría la digresión?

Los gruesos mamparos de minerometal infundible, abiertos de par en par, ya no constituían protección. Al abandonarlos, quedaban enteramente indefensos. Bill cruzó el umbral y desembocó en el pasillo. Estrella, Leo y el medroso profesor Kerman acababan de detenerse unos metros delante de él. Cazadores y cazados frente a frente. Inocentes y culpables respirando el mismo compuesto oxigenado que saturaba la nave. Sí. Una paradoja trágica, porque las víctimas y los asesinos iban a pactar.

La «cosa», avanzando con la insípida torpeza de un ganso gigantesco, venía al encuentro del grupo. Todas las miradas, estupefactas, se clavaron en el ente extragaláctico, contemplándole con una avidez que delataba el supersticioso temor que todavía seguía infundiéndoles. A su lado, y esgrimiendo ominosamente una pistola de rayos, apareció Pío Garrison. Enseguida, la atención recayó íntegramente sobre el renegado.

Era un hombre vulgar. Más bajo que Bill, menos elástico y de escasa corpulencia física. Un tipo de científico que, hasta cierto punto, podía considerarse clásico, ya que la naturaleza parecía dotar con

elevadas prendas intelectuales a aquellos para quienes la complexión orgánica no fue demasiado generosa. Sin embargo, su vulgaridad pasaba casi inadvertida al contrastarla con la trágica notabilidad de su rostro. Acaso porque no lo era del todo, sino, en honor a la verdad... ¡únicamente «medio rostro»!

—¡Es horrible! —musitó Estrella, apartando la vista de él.

—¿Le repugna? —preguntó Pío Garrison con voz ligeramente ronca—. Sí. Ése es el sentimiento que ahora puedo inspirar a mis semejantes. Profunda repugnancia. No le avergüence confesarlo... ni tema lastimarme más de lo que estoy.

—Calle, por Dios —pidió ella.

—¿A qué negarlo? De ahora en adelante, deberé acostumbrarme a soportar el desprecio de los demás.

—Está usted amargado —dijo el profesor Kerman—. Completamente amargado.

—Tengo motivos. Pero no es sólo por la herida que abrieron en mi cara las explosiones. Era ya un amargado cuando perdí a Katia. Esto ha servido para hacer más firmes mis propósitos de venganza.

Bill no había intervenido para nada en la breve conversación. Seguía contemplando a Garrison y hasta le hubiese costado un esfuerzo de voluntad separar los ojos de él. Parecía hipnotizarle la descompuesta llaga ulcerosa que carcomía la mitad izquierda de su cara.

Desde la sien de aquel lado hasta el maxilar, un profundo boquete purpúreo ocupaba el espacio que antes correspondiera al globo ocular y a la mejilla. Los restos de piel se veían requemados y brillantes como una ampolla dolorosísima. La cuenca estaba al descubierto, igual que los destrozados dientes superiores y la quijada. En conjunto, estremecía igual que pudiese hacerlo la más terrorífica de las apariciones.

—¿No dice usted nada, Bill?

—Sé que no podré convencerle, Garrison. No es la misma persona a quien conocí. Renuncio a razonar con un...

—¿Con un monstruo? —terminó Pío, al apreciar que el piloto no se decidía a completar la frase—. Dígalo. También a ello deberé acostumbrarme. Mi fealdad es monstruosa, ¿no?

—El cambio no afecta sólo a la apariencia —contestó Bill—. Veo su ojo sano, febril y turbio. También veo sus manos. Demasiado pálidas e inquietas. Ha enflaquecido mucho desde la última vez que charlamos. No habla con la convicción de entonces. La «fixofilina» le ha reducido al despojo humano que de todas formas sería con el rostro completo.

—Esperaba el sermón. Muy propio de un discípulo de Kusock. Casi me parece oírle a él.

—Kusock jamás ha sido mi maestro. Ya le advertí que sentía lástima por usted al conocer la persecución de que era objeto. Pero todo ha cambiado ya. Hablemos sin hipocresías. Le desprecio, Pío Garrison. ¡Es cuanto pueden inspirarme los asesinos!

—Muy valeroso por su parte descubrir tales sentimientos. Sobre todo... teniendo en cuenta que su vida está en mis manos.

—Mi vida creo que es el tesoro más preciado que usted posee en la actualidad. Si me mata... ¡nadie podrá llevarle a Kristalgen 18!

—Todavía no he decidido lo que he de hacerle, Bill. Quizá le permita seguir vagando por el espacio unos años más. Aunque no se considere demasiado a cubierto.

—Sabe que no es cierto lo que dice. Yo soy quien domina la situación.

—¿De veras?

Kerman y Leo Carvel asistían con agitado interés a la pugna dialéctica, en la cual, reflexionando las causas, Bill parecía ciertamente hallarse en mejores condiciones. ¡Bravo por el terrestre! ¡Era un tipo incomparable! Su intenso interés, les hizo descuidar la vigilancia y olvidar por el momento los sinuosos renqueos del espécimen.

Éste se había colocado muy cerca de Estrella Malkon, y un parpadeo del único ojo de Garrison fue suficiente para que las cosas variasen de cariz y Bill perdiese toda su gallardía. Los brazos tentaculares ejecutaron un movimiento veloz y las palmípedas manos, produciendo un sonido esponjoso, se ciñeron glotonas en los mórbidos hombros de la joven.

—¡Bill! —chilló Estrella, inmovilizada por el apretón.

—¡Quita tus asquerosas manazas de ahí! —ordenó el piloto, dando media vuelta rápida y cerrando los puños en actitud batalladora—. ¡Vamos, Garrison! ¡Dígale que...!

—¿Qué ha sucedido con tu fuerza, amigo Sanders? —se mofó Pío —. Ahora me llevará a dónde yo quiera... ¡y sin objeciones! ¡Esa muchacha sería un delicioso manjar para Alusko!

—¡No se atreverá!

—Desde luego que sí. ¡Intente impedirlo!

Bill no lo pensó ni medio segundo. Acaso la roja y ardiente sangre que corría por sus venas a ritmo de torrente, le nubló la razón privándole de la facultad del raciocinio sereno. No temía nada contra él. Además, se sabía capaz de resistir lo que viniese. Pero Estrella... ¡a ella no podía permitir que le causasen el menor daño!

Un furor desconocido e infrahumano lo poseyó. Dando un salto, convertido en un huracán desatado, se plantó ante el espécimen y tomó impulso para asestar su primer y demoledor puñetazo. Había tanto odio en su cuerpo que el golpe bastaría para derribar a un

gigante.

Pío Garrison, sonriendo feroz, levantó la pistola y oprimió el gatillo. Una restallante culebra de fuego cruzó junto a la cabeza del joven, chamuscándole los cabellos y ensordeciéndole. ¡No estaba herido, pero la electrodescarga lo dejó aturdido y desorientado!

—¡Adelante! —autorizó Garrison—. ¡Juega un poco con la muchacha, Alusko!

Los gritos enloquecidos de Estrella, dominada por una crisis de incontenible histeria, llegaron a su mente con la violencia de dardos afiladísimos. Manoteando y dando traspiés, Bill ahuyentó su pasajero vahído. Lo que presenció al hallarse en condiciones de fijar la vista alteró desgarradamente hasta la última fibra de su ser. ¡Estrella había sido derribada en el suelo, y el espécimen, manteniéndola inmovilizada por completo, lengüeteaba su delicada nuca!

—¡Mírelo, Bill! —rugió Garrison—. ¡Y los demás también! ¡Ya saben lo que «eso» significa! ¡Una palabra mía bastará para que Alusko hinque los colmillos y absorba su cerebro…!

—¡Basta! —atajó Sanders—. ¡Déjela en paz!

—No es agradable ¿eh? ¡El gran e invencible Bill Sanders se ha derrumbado por dentro! ¿Quién debe obedecer a quién? ¡Conteste, estúpido!

Leo Carvel, cuyo encendido rostro parecía sufrir los efectos de una tremenda congestión, clavaba impotentemente las uñas en las palmas de sus manos. Kerman, blanco y trémulo, tuvo que apoyarse en la pared, desfallecido. Ninguno se atrevía a arrojarse contra Garrison, por temor a que la horrorizada Estrella cayese víctima de la «muerte cerebral». Bill, en cuya frente se multiplicaban las perladas gotas de sudor, musitó:

—Se lo ruego, Garrison… Ordene a ese… a ese bicho que la deje en libertad…

—Soy el amo. ¡Yo mando aquí! ¿Volverá a pretender hacerse el valiente ante mí?

—No, no… ¡Por Dios, Garrison, el pánico la enfermará!

—No tengo piedad con quienes discuten mi autoridad. ¡Recuérdelo!

Alusko miraba con sus ojos vidriados —ojos de nictálope— al renegado. Esperaba instrucciones. Vibraba la avidez en aquella mirada hedionda y la respiración le abombaba el espinazo, revelando el anhelo que sentía por trepanar la frágil nuca femenina. Bill pensó en Dayton, en el infortunado Lino Fox… ¡Estrella se hallaba en trance de sufrir la misma suerte!

—¡Haré lo que usted prefiera! —suplicó—. ¡Le llevaré a Kristalgen 18!

—Veo que ha cambiado de parecer muy rápidamente. Alusko es

un eficaz instrumento de persuasión, ¿verdad? —Garrison desgranó una carcajada neurótica—. Ya tienen bastante —agregó después—. ¡Suéltala!

El ser extragaláctico, regodeándose en acariciar por última vez la aterciopelada piel de Estrella, obedeció con viscosa parsimonia. Tres hombres con las pupilas dilatadas contemplaron la torpona sumisión de aquel humanoide capaz de succionar cerebros con la voracidad de un súper vampiro. A lento diapasón de tortuga, enderezándose con reptilesca laxitud, Alusko recuperó su forma vertical, aunque no se alejó excesivamente de la joven, que continuaba caída en el suelo, sollozando e hipando, transida de dolor, flojedad y asco.

Bill se arrodilló ante ella y la ayudó a incorporarse. Sin fuerzas, abrillantadas las pupilas por las lágrimas y revuelto el fragante cabello, la muchacha acabó desvaneciéndose en sus brazos. El doble suspiro que emitieron Leo y Kerman patentizó la férrea tensión a que estuvieron sometidos hasta entonces. Bill izó el inerte cuerpo y lo mantuvo en alto como si se tratase de un liviano paquete. En sus ojos penetrantes y escrutadores volvía a brillar el odio. Un odio sin barreras, que Pío Garrison saciaría alguna vez.

—Está muy débil —anunció, tratando de disimular la tirantez sonora—. Le convendría beber algo y comer unos comprimidos vitamínicos.

—Todos ustedes están muy débiles —admitió Pío—. Se han empeñado en ayunar de un modo imbécil. ¿Comprende ahora por qué aseguré que yo era el más fuerte? Puedo obligarles a obedecer, Bill. Para ello me bastará con presionar a la muchacha. Es mejor que acepten con resignación su destino.

—Conforme. ¿Por qué no tratamos el asunto con calma?

—No tenía otra intención. En el fondo, lamento que Alusko sea feliz asesinando a seres humanos… aunque no por ello dejo de apreciar las ventajas que tiene para mí.

—¿De dónde ha sacado ese compañero?

—Trabajaba para la Compañía, en los yacimientos de uranio, antes de que le «liberase». Procede de la Galaxia Central y resultó facilísimo activar sus instintos carnívoros. Ahora, ya me cuesta dominarle a veces. Desde que gustó el primer cerebro, suspira por tan delicioso manjar…

—¡Calle! ¡Es abyecto lo que dice!

—No hago más que responder a sus preguntas.

—Tenemos que comer. Lo necesitamos, Garrison.

—Antes hay que arreglar el multigiróscopo.

—No. Esa tarea requiere muchas energías. Estamos desfallecidos.

Pío Garrison envolvió a Bill en una mirada calculadora. Alusko esperaba, palpitante la bocacha y cristalinos los ojos. Kerman entornó

los párpados y pareció sumirse en íntima oración, mientras Leo Carvel, sobreexcitado por las emociones, aguardaba el veredicto del renegado con idéntica ansiedad que Sanders.

—Bueno —decidió—. Les dejaré comer y beber algo. Pero recuerden que la mujer será estrechamente vigiada por Alusko…

—No hace falta que se moleste en repetirlo.

—Ha prometido llevarme a Kristalgen 18.

—Tampoco lo he olvidado. Vayamos a la cámara de oxigenación. Está al otro lado del pasillo. Permita que Leo Carvel se encargue de traernos lo más imprescindible del depósito de víveres. O si lo prefiere, que sea su esbirro quien…

—No —Pío Garrison señaló al profesor Kerman—. Vaya usted, viejo. Y no tarde. Le concedo diez minutos… después de los cuales enviaré a Alusko a buscarle.

El climatólogo, interrumpido en su honda oración, consultó a Bill con los ojos.

—Obedézcale —asintió el joven—. Ya sabe dónde se encuentra el depósito. Traiga, también, un calmante psíquico. Verá los frascos azules en el estante alto de la derecha. Estrella ha sufrido un «shock» nervioso por efectos de la emoción.

Si Kerman hubiese sido un buen observador, Bill todavía habría podido intentar un ardid para chasquear a los opresores. Por ello, especialmente, tenía empeño en que fuese Leo, para quien no pasó inadvertida la recomendación. Pero el anciano se limitó a presentarse en la cámara de oxigenación con todo lo pedido… mas olvidando llenar los bolsillos con las cápsulas corrosivas que hubiesen podido emplear para defenderse de Garrison y Alusko. ¡Otra ocasión perdida!

Una vez reanimada Estrella, los prisioneros aplacaron la endiablada sed y el apetito. Se sintieron con renovados ánimos. Mas intentar cualquier añagaza era tan descabellado como infantil. Alusko seguía junto a la joven, vigilándola amorosamente y hasta —Bill lo hubiese jurado— relamiéndose de placer con el solo pensamiento de asesinarla. No les quedaba otra opción que obedecer a rajatabla. Pío Garrison era el dictador. El amo, como decía. Bill tuvo que admitirlo, a la fuerza, pero inexorablemente.

—Bien. Ya se han alimentado. Reparen la avería.

—Tiene mucha prisa en llegar a Kristalgen 18, ¿verdad?

—La tengo —sonrió Garrison—. Y todavía tengo más por volver a Ganímedes.

—Allí le estarán esperando Kusock y la Policía Interplanetaria.

—También me esperan mis amigos.

—Supongo que no serán muchos.

—¿Por qué cree eso, Bill?

—Yo estuve presente cuando bombardearon las «cavernas». Fue

una destrucción masiva... de la que aún no me explico cómo pudieron escapar.

—¿Le gustaría saberlo?

—Me consume la curiosidad.

—Alusko y yo huimos por una galería subterránea. Había preparado este medio de fuga para un caso de emergencia. Cuando los proyectiles cobálticos pulverizaron el reducto, nos metimos en el túnel y salimos a varias millas de distancia de allí, cerca de una laguna de metano líquido. —Pío Garrison se palpó con las yemas de los dedos la supurante cicatriz—. Me hirieron. Quizá habría muerto realmente. Es una deuda de gratitud que contraje entonces con Alusko, porque él me llevó a cuestas al perder el conocimiento.

—¿Y cómo lograron introducirse en la espacionave?

—En unos bloques de uranio. Estábamos en combinación con varios empleados del Control de Despacho. Ellos fingieron registrar el peso y marcaron los bloques con las siglas de comprobación. Sí, Bill. Teníamos previsto el medio desde mucho antes que su carguero llegase a Ganímedes.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabe? ¿Quién se lo dijo?

—No importa —contestó Bill, pensando en el sacrificio de T-004 —. Sabía que proyectaban apoderarse de la espacionave. Acaso esto fue lo que decidió al capitán Chimber a bombardearles. El señor Kusock temía que usted abandonase el satélite.

—Ya lo he abandonado. Me encuentro camino de Kristalgen 18. ¡Desgraciado de Kusock! ¡Morirá del mismo modo que Katia!

—Para eso será necesario que contraiga...

—Le inocularé virus de las fiebres de Júpiter. Un experimento interesante —rió—. Quiero que se retuerza en la agonía y la carne se le vaya desprendiendo a gajos del esqueleto.

—¿De veras cree justa su venganza, Garrison? —preguntó el profesor Kerman.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por que Katia aún viviría si los médicos hubiesen acudido enseguida.

—Quizá no era tiempo... —aventuró Carvel.

—¡No me hizo caso! ¡Me llamó alarmista y a mi esposa «flor malcriada»! Katia murió por su culpa. Por culpa de la COMPAÑÍA MINERA PLANETAL. ¡No descansaré hasta que aniquile su poder!

—¿Puedo formularle otra pregunta? —volvió a intervenir Kerman.

—Adelante. Calmaré su curiosidad de una vez.

—¿Por qué robó mi pila eléctrica?

—Fue Alusko —contestó Garrison—. Es un bromista. No podía estarse quieto y le dio por divertirse a costa de ustedes. Lo del elevador también fue obra suya. Leo le tuvo entonces a dos palmos de distancia; pero estaba tan convencido de que la culpa era suya, profesor, que no se detuvo a pensar con la cabeza. En realidad, el más inteligente de todos fue Lino Fox. ¡Caímos en la trampa de fósforo que nos tendió! Por ello lo mató Alusko. Le forzó a defenderse en la única forma que sabe. Respecto a Estrella… Bueno; eso creo que forma parte de un deseo personal. Alusko jamás ha practicado «cerebrosucciones» con mujeres. ¿Quieres explicarlo tú?

—Mí gustar ella —gurguritó el espécimen—. Mí absorberle masa encefálica por amor…

—¡No puedo soportarlo! —estalló la muchacha—. ¡Es superior a…!

—Cálmate —pidió Bill, atrayéndola con fuerza hacia él y clavando los ojos en Alusko—. Nada te ocurrirá. Prométalo, Garrison. Yo le llevo a Kristalgen 18… pero usted mantiene a raya a su sanguijuela.

—Eso no es cuenta mía. Pídanselo a Alusko.

—¡Garrison! —rugió Bill con los dientes apretados—. ¿Cómo puede haber caído tan bajo? ¡Es un hombre como nosotros, aunque se comporte igual que un bárbaro carnicero!

—Alusko me salvó de morir. Gracias a él estoy aquí; mutilado y horrible, pero dispuesto a terminar mi venganza. Posee ciertos privilegios. «Eso» que los orgullosos terrestres llamamos despectivamente «humanoide», es a veces más fiel y noble que nuestros propios hermanos de raza. No, Bill; no le prometo nada. Lo único seguro es que le aplazaré la sentencia cuanto me sea posible…

—Si vuelve a rozarle un sólo cabello… ¡le juro que le destrozaré lo poco entero que queda de su rostro!

—No amenace, Bill. Recuerde que yo soy el amo.

Bill abombó el pecho, desafiante, y ciñó a Estrella con más fuerza.

—¡Se lo juro! —repitió—. ¡Y Bill Sanders nunca jura en vano!

—¡Cállese! —bramó Garrison, perdiendo el dominio de los nervios—. ¿Quién es usted para provocarme? ¡Un pobre terrestre cautivo en esta nave y cuya vida conservo por mera clemencia! ¡Cállese le digo! ¡Absténgase de gallear delante de mí o desde este momento entrego a su linda palomita para que sea devorada! No permitiré más dilaciones ni insolencias. He sido demasiado generoso accediendo a… a contarles los detalles que… que…

Pío Garrison dejó de hablar, como si la asfixia le impidiese continuar, y su único ojo se llenó de amarillas lágrimas. Respiraba con visible pena. Tosió. Mostró dolor en la cara. ¡Se había transformado, de súbito en un pelele de fofa endeblez!

Acaso era consecuencia lógica de la cólera que le produjera el reto de Bill. Se tambaleó. Comenzó a palidecer. Alusko avanzó, dando palmetazos sobre el suelo con los pies, antes de que Bill pudiese reponerse de la sorpresa producida por el inesperado atragantamiento.

—Tú necesitar… —dijo el espécimen—. Tu cuerpo haber eliminado toda la…

—No… No digas nada —atajó, dificultosamente, Garrison—. Está en el bolsillo… Pronto, Alusko… ¡Saca la caja!

Una luz se hizo entonces, cegadora, en el cerebro de Bill. Síntomas de mareo, pérdida de facultades y trabamiento de lengua… ¡El vicioso no podía vivir sin su constante ración de «fixofilina»! Soltó a Estrella, que no comprendía en absoluto su actitud, y quiso abalanzarse contra el macilento y temblequeante Pío Garrison. ¿Cómo no lo había pensado antes? ¡Después de todo, se hallaba ante un enfermo, un caso clarísimo de autoenajenación «fixómana»!

—¡Quieto! —ordenó el ex técnico, apuntándole con la pistola—. Un paso más… ¡y dispararé a la cabeza de Estrella Malkon!

Bill se mordió los labios. ¡La breve vacilación le había perdido! Garrison acababa de tomar una de las pastillas blancas contenidas en la cajita de material silicoso que le ofrecía Alusko y la introdujo en su boca, engulléndola. El efecto fue instantáneo. Maravillosamente veloz. Volvió el color a su frente y el brillo inteligente a la solitaria pupila. Los dedos que mantenían la culata se hicieron fuertes. Su voz ya no temblaba cuando dijo:

—Hace mal intentando sorprenderme. Si algo le ocurre a la mujer, sólo usted será el culpable.

—¿Qué le sucedió, Garrison?

—¿Es que no lo sabe, profesor? —se anticipó Bill—. Necesita la droga con frecuencia. ¡La «fixofilina» ha envenenado su sangre!

—¡Cierto! —añadió Leo Carvel—. ¡Es su presa y jamás podrá eludir la posesión!

—Ellos saber —articuló Alusko—. Ellos ser tus enemigos. No dar más comida…

—Sí. Ellos lo saben… gracias a Bill Sanders que no es persona fácil de engañar. No importa —Garrison cuadró la mandíbula—. La «fixofilina» me convierte en un hombre batallador, casi temerario. Hace tiempo que la tomo y me he aficionado a ella. Otros muchos terráqueos lo hacen…

—¿Conoce el final de los «fixómanos»?

—¿Y usted, profesor?

—Por supuesto, Garrison. ¡La demencia!

—No me asusta su vaticinio. ¡Y ahora, basta de charla! —Su voz volvía a ser dura, vigorizada por la influencia neuroexcitante de la droga—. ¡Leo y Bill, síganme! Los demás, permanecerán aquí…

¡custodiados por Alusko!

—¿Qué se propone?

—Pierda cuidado, Bill. Sólo les llevo al trabajo. Usted y su copiloto saldrán al vacío. Afánense en reparar el multigiróscopo, porque hasta entonces no les permitiré descansar.

Enarbolando la pistola, empujó a Bill con el extremo del chato cañón. La reunión que podían motejar de «sobremesa» había concluido. Sirvió para averiguar muchas cosas, en especial, las relativas a la fuga de los rebeldes, su introducción en la nave y los proyectos que albergaban de proseguir la matanza amparándose en encubiertos disimulos.

Pero también sirvió, de forma reveladora para Sanders, como prueba palpable del estado enfermizo de Garrison. ¡La «fixofilina»! ¡He aquí un punto fundamental en el que no pensó hasta entonces! ¡Pío no podía vivir sin las tomas dosificadas de la droga! La cabeza de Bill funcionaba sin reposo, buscando afanosamente un resquicio vulnerable, cuando la presión del cañón se repitió.

—¿En qué está pensando? ¡Vamos! ¡Al exterior!

—No empuje —pidió Bill—. Sólo le pido un instante.

—¿Para qué?

—Quiero despedirme de Estrella.

—Descuide. Volverá a verla.

—¡Usted no sabe lo que es trabajar en el espacio! Un ligero traspiés puede hacerme perder contacto con la nave y alejarme para siempre flotando por las capas cósmicas. Deseo decirle adiós… ahora que todavía es tiempo.

—Le encuentro muy temeroso —sonrió Garrison—. Parece impropio de usted. ¿Debo subestimar su reconocido valor?

—No haga frases. Si quiere saber lo que experimenta un hombre cuando se halla rodeado de espacio negro… acompáñenos a Leo y a mí. Seguro que no es capaz de resistirlo.

—Soy capaz de resistir más de lo que cree. Pero no entiendo de cohetoingeniería. Ande, despídase. Y sea breve, Bill.

El piloto se acercó a Estrella, que lo contemplaba con transida expresión. Ella conocía los peligros que encerraba una reparación en medio del siniestro silencio espacial. Impulsivamente, sin importarle los testigos de su acto, le echó los brazos al cuello y pegó su boca jugosa a la de Bill. Fue un beso largo e intenso. Un beso que encerraba toda la esencia de una despedida acaso definitiva. Al separarse, la joven mostró los bellos ojos arrasados en lágrimas.

—No debí haberlo dicho en tu presencia ¿verdad? —musitó él—. Olvídalo. No es la primera vez que me veo en estos trances.

—Bill, yo…

—Escucha —Sanders volvió a abrazarla y aproximó los labios a su

oído, de-forma que la voz apenas excediese de ser un murmullo—. ¿Te has fijado en dónde guarda Garrison la caja de «fixofilina»?

Ella le oprimió la cintura, sin pronunciar palabra, pero respondiendo en sentido afirmativo.

—No le quites la vista de encima cuando regrese —añadió Bill—. Es listo ¿comprendes? Ahora procurará ocultarla, para que ninguno de nosotros conozca su secreto. Piensa en una cosa, querida. ¡Ese hombre se volverá loco sin la droga! ¡Debemos apoderarnos de ella!

—¿Qué diablos están hablando? —gruñó Pío.

—Ser larga despedida... ¿Tú permitir?

—No. Se acabó ¡Ya está bien, Sanders! ¡Dejen las ternuras para luego!

Bill apartó a Estrella y la miró a los ojos con significativa fijeza. La muchacha se limitó a parpadear, asintiendo. Había comprendido. Ella vigilaría a Garrison, hasta donde le fuese posible, mientras los «vagaespacios» permanecían laborando en el exterior. No hacía falta recalcar la importancia que para todos encerraba volver a sentirse libres de amenazas. Cuanto menos, disponer de un sistema, a fin de ganar tiempo... ¡Lo necesitaban tanto! ¡Ojalá la exploronave policial navegase ya por las inmediaciones del «reino de los enanos»!

—Adiós, profesor —dijo Bill, estrechando su huesuda mano.

—Vayan con cuidado —rogó Kerman—. Usted y Leo nos son muy necesarios.

—Ocúpese de Estrella, ¿quiere?

El climatólogo lanzó una ojeada de soslayo a Alusko. Luego, tímidamente, asintió.

Los tres hombres salieron de la cámara de oxigenación y las puertas bimóviles se deslizaron de arriba para abajo, encerrando a los prisioneros que custodiaba el espécimen. Ante todo, enfrascados en un mutismo hosco que contribuía a aumentar la pistola de rayos amartillada por Garrison, se dirigieron al cuarto de reparaciones.

Leo Carvel volatilizó el lubricante protector empleando un pulverizador automático de ácidos, y el multigiróscopo seleccionado quedó en disposición de ser acoplado. Bill eligió varias herramientas necesarias para el trabajo y las introdujo en una bolsa de fibrometal, que colgó de su hombro.

—Yo me ocuparé de los trajes —dijo a Leo—. ¿Podrás llevar tú solo el multigiróscopo?

—Lo haría mejor... si Garrison me echase una mano.

—Abandone la idea. Yo estoy aquí como espectador.

—Lo suponía —rezongó el copiloto, cargando el instrumento a su espalda—. ¿Listo, Bill?

—En marcha —respondió éste, que acababa de separar dos equipos protectores del armario—. Gracias por la ayuda, amigo.

—Se arreglarían perfectamente si yo no estuviese aquí. Usted mismo ha confesado que no es la primera vez que se ve obligado a reparar en ruta. Vamos al elevador. Y nada de jugarretas.

—¿Por qué tiene tanto miedo? La pistola está en su mano, no en la mía.

—Y la señorita Malkon continúa en poder de Alusko. Ya saben cómo le guata esa muchacha. ¡Disfrutaría horrores con ella…!

—¡Cállese! —repuso Bill—. Conserve una pizca de la poca dignidad que le queda. ¡Es usted aborrecible!

—Y usted un iluso si todavía espera derrotarme con trucos. Llegaré a Kristalgen 18. Me están esperando. Soy el motor capaz de mover el incontenible instrumento de la liberación. ¡Y cuando haya ocupado Ganímedes, todos los ensoberbecidos terráqueos del Sistema Solar sentirán en su carne mi venganza!

Bill no contestó. Estaba loco. Pío Garrison, a fuerza de padecimientos y «fixofilina», tenía desquiciada la mente. Ahora podía afirmarlo con rotunda seguridad. Quizá hasta entonces, envuelto en hipotéticas conjeturas, lo hubiese ignorado. Pero en tales momentos no existía error. Su demencia acabaría transformándose en una formidable arma de doble filo si sabía conducir los acontecimientos. Llegaría a aniquilarle…

Sus pensamientos se interrumpieron al sentir la brusca sacudida del elevador. Acababan de alcanzar el vértice de la proa. La «cúspide» de la espacionave.

—Éstos son los refuerzos que desajusté —señaló Garrison.

—Cuarto multigiróscopo del vértice estabilizador de babor —dijo Leo Carvel como recitando una lección bien aprendida—. Es el «cabeza» de sección.

—Exacto. Por azar o por conocimiento, acertó usted a inmovilizar el circuito completo, Garrison.

—Fue por azar, Bill. No hay inconveniente en reconocerlo. Bueno, ¿qué esperan?

Bill Sanders se encogió de hombros. La suerte estaba echada, porque el recuerdo de Estrella devorada ocularmente por Alusko lo sumía en intensa zozobra.

—¿De veras no quiere acompañarnos?

—Sufro de vértigo —rió Pío—. ¿Cuánto tiempo calcula que invertirá en la operación?

—Unas seis o siete horas. Tendremos que descansar.

—Háganlo afuera.

—¿En el casco? No; es mejor entrar. Trabajaremos por etapas…

—«Siempre» es mejor lo que yo diga.

—Pero… ¿cómo sabrá usted que hemos terminado? Además…

—Lo he decidido. Les estaré contemplando por las pantallas de

teleobservación... pero no les permitiré entrar hasta que el trabajo quede terminado.

—¿Por qué?

—¡Qué pregunta! Podría decirles que ello les estimulará a concluirlo cuanto antes. Pero la respuesta correcta es Kristalgen 18. Basta de demoras; y temo que si comienzan a abrir pausas, las seis horas se alargarán al doble. Necesita aterrizar en el planetoide antes de que...

—De que la «fixofilina» se termine —completó Bill.

¡Chass! La mano izquierda de Garrison, moviéndose en rápido semicírculo, propinó una ruidosa bofetada en el descubierto rostro del piloto. La impresión que le produjo, pese a no ser dolorosa, le revolvió el estómago de ira.

—¡No vuelva a sus insolencias! —estalló Pío, apoyando el mandato con duras presiones de pistola—. ¡A la próxima lo pagará su hermosa chica!

—Déjalo correr —aconsejó Leo, advirtiendo la tensión muscular que resaltaba bajo el tejido del traje de vuelo—. Tú y yo sabemos que has acertado... pero Estrella signe en poder de Alusko. Anda, Bill. Sólo podemos obedecerlo.

—La deuda aumenta —murmuró Bill.

—Pronto quedará saldada. ¡Vístanse!

Hicieron rencorosamente lo que les exigía. No había apelación... por el momento. Leo ayudó a Bill a enfundarse dentro del pesado traje protector y viceversa. Antes de iniciar la «zambullida» al espacio, comprobaron el buen funcionamiento de los inhaladores de oxígeno, de la aislación térmica y del juego de luces para alumbrarse en la impenetrable negrura del vacío interestelar.

Durante todo el tiempo que permaneciesen afuera sería inútil dirigirse la palabra. Tampoco podrían verse, salvo en el caso de enfocar las luces entre sí. Presionando un botón del cuadro empotrado en la pared, permitieron que se descorriese la sección móvil que correspondía a la válvula de escape. Una racha de aire frío y enrarecido penetró en la espacionave.

—¡Salgan! —acució Garrison—. ¡Y no olviden mis indicaciones!

Bill y Leo, con los yelmos ajustados y vueltos de espaldas a él, no pudieron oírle. Empezaba para ellos lo que en jerga navegatoria se designaba como «baño de silencio». Sus movimientos eran lentos y lastrados. Pero una vez en el exterior, pegados a la superficie de la espacionave merced a la potente atracción de sus botas de suela magnética, aquéllos se transformarían en ligeros y fáciles. Hasta el multigiróscopo conservaría apenas la vigésima parte de su peso. Todo el esfuerzo físico quedaría acaparado por los movimientos para desmagnetizar la adherencia de las botas a cada paso.

Sanders salió el primero a través de la válvula, arrastrando en pos de sí el multigiróscopo. La operación más costosa estribó en aflorar una pierna por el orificio y apoyar el pie en el casco de la nave. Un sonido metálico señaló el contacto magnético. Después, la otra bota se pegó a la lisa superficie. Articuló el cuerpo y se halló suspendido, sin perder el equilibrio, en el espacio. Lo mismo que un hombre colocado cabeza abajo sobre la sima de un precipicio y sostenido por las piernas.

Sus movimientos se hicieron errátiles, asombrosamente ligeros, y pudo sostener el instrumento de repuesto con una sola mano. Leo se ocupaba entonces de repetir la operación de salida. Bill encendió las luces y paseó la mirada en torno, sobrecogido por la grandiosidad infinita del tenebroso pozo cósmico.

Negro. Un negro intensísimo e inconcebible para los terráqueos que jamás habían viajado más allá de su mundo. Una noche eterna, insondable, que apabullaba y aturdía. Ni abajo ni arriba; ni izquierda ni derecha. No existía otra cosa que oscuridad. La luz se reflejaba debilísimamente en el casco de la nave. Desmagnetizó una bota y dio el primer paso. Se sentía flotar. Leo caminaba también, despacio. La válvula había sido cerrada. Ellos, y el tétrico vacío espacial, completaban ahora todo el Universo.

Y sin embargo, no estaban solos. Miles, millones de puntitos parpadeaban en la espantosamente negra decoración que los rodeaba. Un salpicamiento astral que recordaba el polvo de diamantes. Galaxias enteras, compuestas de remotas constelaciones que acaso jamás serían visitadas por el hombre. Asteroides velados por la oscuridad y la distancia. Producía vértigo contemplar las legiones de rutilantes estrellas. Apartó los ojos de allí y miró a su espalda. La luz del copiloto marcó la única referencia de su presencia en el vacío.

Caminaron. Atentos a no resbalar. Las suelas de las botas siempre planas contra el casco, para asegurar la total imantación. Los minutos transcurrían, monótonos y helados. Bill había comenzado a sudar y escuchaba el musical siseo causado por la evaporación del sistema eliminador. Tenía la boca seca y la lengua pegada al paladar. Siempre ocurría igual. La vida dependía ahora de las botas. Si perdía el equilibrio y el contacto magnético se deshacía al mismo tiempo con ambos pies... ¡flotaría en el espacio, revoloteando cual extraño astro, hasta sufrir la más torturante de las agonías! ¡Una muerte en la que el cadáver no hallaría sepultura, porque todo el espacio era la fosa!

Trató de alejar las deprimentes ideas. Lo consiguió en parte. Inesperadamente, su pie izquierdo pisó en falso, hundiéndose. ¡El boquete dejado por la ausencia del multigiróscopo desprendido! Cayó de rodillas. Por fortuna, la bota derecha se hallaba firmemente imantada al casco de metal superduro. Leo Carvel le tendió las manos.

Necesitó tomarse unos segundos para normalizar la respiración. Habían llegado a la meta, pero un simple traspiés pudo ser la causa de su perdición.

Con los ojos, agradeció a Leo la ayuda prestada. El copiloto se colocó en cuclillas y mantuvo en alto el repuesto, mientras Bill registraba en la bolsa, buscando electrorremaches, astrosopletes, metal de fusión y demás herramientas. Emprendieron el trabajo acto seguido, siempre en silencio, siempre en la oscuridad que desgarraban los conos fantasmales de su desvaída luz espacial, y perplejamente observados por los millones de ojos estelares.

Una hora, dos, tres... Entumecidos, lacerados por agujetas, con cada músculo y cada nervio protestando por la invariable postura. Pío Garrison quizá les contemplaba cómodamente instalado ante una pantalla de teleobservación cósmica. O quizá, aburrido, se había tumbado a dormir. ¿Y Kerman? ¿Y Estrella Malkon? ¡Alusko, babeante, podía estar paladeando una de sus asesinas succiones!

Bill manejaba el astrosoplete y Leo aplicaba porciones del metal de fusión en las juntas de desgarre. Tres horas de trabajo ininterrumpido les ocupó asegurar el hiperchasis multigiroscópico. Todavía faltaba acoplar la sección superior y los sensivibradores de estabilización interplanetaria. Se hallaban, poco más o menos, a mitad de tarea. La sed les abrasaba la garganta y ahora ya no sudaban, quizá porque la deshidratación corría pareja con la fatiga.

El piloto dejó de apretar el gatillo del soplete y alzó la mano. Leo, interrogante, lo miró, aunque sin distinguirle. La luz superior del yelmo de Bill parpadeó, emitiendo destellos intermitentes de acuerdo con el código usado por los «vagaespacios» para comunicarse.

—Va-mos a des-can-sar un ra-to... —transmitió—. A-pro-ve-cha-ré pa-ra de-cir-te al-go...

—Co-mo pre-fie-ras...

—Pon a-ten-ción... ¿Has pen-sa-do en la fi-xo-fi-li-na...?

—Des-de que le dio el a-ta-que a Ga-rri-son...

—Pue-de ser nues-tra sal-va-ción... Ten-go un plan pa-ra a-ta-car-lo... ¡Es-toy de-ci-di-do a ju-gar-me la vi-da...! ¿Cuen-to con-ti-go...?

Silencio. Oscuridad. Estrellas en derredor. Dos hombres pegados a la astronave que había surcado las rutas del sistema solar, entendiéndose mediante golpes de luz, marcando un contrapunto fascinante en la paz monstruosa del espacio. Bill Sanders se había martirizado pensando en la situación. Y allí, en el siniestro vado poblado de ignotos peligros, explicó a su compañero el plan más descabellado y audaz que mente humana puede concebir.

La Policía Interplanetaria de Phobos no llegaría a tiempo. Ellos, sólo ellos, debían aportar las medidas para salvarse o perecer. Cuando el multigiróscopo estuviese acoplado, la espacionave reanudaría el

viaje rumbo a Kristalgen 18. No podían ser tan cándidos como para esperar clemencia de Pío Garrison y su espécimen carnívoro. Había sonado el momento de jugar la última carta. La última de veras. Si ésta fallaba… ¡jamás volverían a tener noticias suyas en la Tierra!

CAPÍTULO VIII

Lucha por la libertad

Se encontraban al borde de la extenuación física cuando el postrero electrorremache quedó fijado y el astrosoplete fundió la definitiva tira de metal que aseguraría la instalación giroscópica. El instrumento «cabeza» de serie activaría toda la fase estabilizadora del vértice de babor. La espacionave volvería a funcionar sin cabeceos ni sacudidas, nivelada de proa a popa, hendiendo el Cosmos a velocidad lumínica y llevando seguramente a sus tripulantes al destino que el piloto le señalase.

Un triunfo. Una reparación afortunada, digna del experto en cohetoingeniería que era Bill. Hasta su camarada miró complacido la obra, asintiendo con la cabeza dentro del vitroyelmo. Habían superado la prueba; pero ahora les quedaba la parte más espinosa: Realizar el desesperado plan de ataque que Bill consideraba de última instancia.

Para ello, sería necesario que se enfrentasen abiertamente con sus enemigos. Derrochando tesón y audacia, sin achicarse ante las posibles consecuencias adversas. Sabían que la lucha no sólo alcanzaría a Pío Garrison, sino al espécimen, cuya probada fidelidad pesaría, tal vez, decisivamente. Estrella y Kerman estaban en su poder. Bill ignoraba hasta qué punto sería capaz de tomar decisiones por cuenta propia. Acaso lograsen la victoria y acaso pereciesen en la empresa. Acción directa, contundente, representaba el único camino que les quedaba para intentar la libertad.

La violencia no es siempre medida aconsejable cuando se carece de verdadera fuerza. Ellos no la tenían. Al menos, desde un punto de vista físico. Pero moralmente, en espíritu, se sentían verdaderos titanes. ¡Y la moral es factor de peso en la guerra!

Bill metió en la bolsa de fibrometal todas las herramientas que habían utilizado para la reparación... excepto el astrosoplete. Sin duda, Pío Garrison no había pensado que aquélla podría transformarse en un arma poderosa y destructora. El intensísimo calor que desprendía, capaz de fundir metales superduros aleados para resistir el desgaste por fricción de las capas espaciales, lo convertiría en feroz objeto de ataque. Tampoco a Bill se le ocurrió la posibilidad de emplearlo hasta mucho más tarde, cuando, torturado por ideas opresivas, pensó en el medio de defenderse ante la pistola de rayos.

En su plan de ofensiva también poseían una parte importante las impresiones psicológicas. Desconocía hasta qué punto el ser extragaláctico podría emocionarse; pero confiaba en que su cerebro, por antianímico que fuese, conservaría algún destello memórico que le

recordase los hechos pasados. Un puro juego de ilusionismo, con el que confiaba inmovilizarlo lo suficiente para evitar que succiotrepanase a la indefensa Estrella. ¿Lo lograría? Ésta era la desorbitada incógnita que presidía sus razonamientos.

Pausadamente, asegurándose bien del contacto magnético de las botas, los dos terrestres anduvieron por el casco de la nave, reemprendiendo el camino de regreso hacia la válvula de escape. Presumía que Garrison, como dijo, estuvo presenciando una buena parte de su labor y que ahora sabría que ella estaba terminada. Así, pues, acudiría a abrirles la compuerta de acceso, permitiéndoles el paso al interior.

En todo ello pensaba Bill, intranquilo, mientras caminaban igual que extraños «robots» por la superficie mate, envueltos por las gasas del vacío y el espejante punteado de las estrellas. Sí. Allí podía terminar la aventura… o empezar la total desgracia. La desviación de la ruta les había alejado del trayecto parabólico de la exploronave de socorro. Cuando ésta los descubriese, valiéndose de la localización radárica, sería demasiado tarde. No existía otra alternativa que enfrentarse con sus dominadores.

Dejó de andar y se dio la vuelta. Leo seguía sus pasos, pisando embarazosamente a fuerza de meticulosidad. La luz superior de Bill emitió el mensaje.

—Pa-sa de-lan-te… Yo a-ta-ca-ré de im-pro-vi-so… ¿Al-gu-na pre-gun-ta…?

—No… Es-toy an-sio-so por lu-char… Te de-seo suer-te…

—Gra-cias.. El de-seo es mu-tuo…

Ya habían llegado a la válvula. ¡Momento crucial! Se detuvieron. Ésta seguía cerrada y Bill golpeó repetidamente el casco con el culatín del astrosoplete. Allí afuera, en el espacio, los sonidos carecían de eco, pero no ocurría lo mismo dentro de la nave. Los culatazos repercutirían sordamente, avisando a Garrison de su presencia. Los minutos adquirieron entonces una importancia vital. Algo desenfrenadamente atemorizador.

La nave ya estaba reparada. De un momento a otro, a Garrison podía ocurrírsele la nefasta idea de probar la propulsión y una súbita arrancada los desplazaría al vacío igual que endebles pajuelas. No habría salvación. ¡Quedarían flotando en él, ingrávidos, condenados para siempre a la muerte interplanetaria!

De pronto, cuando más tétricos eran sus fatales presentimientos, una raya de luz horadó la pétrea oscuridad. ¡La válvula de escape! ¡Pío acababa de abrirla! Expulsaron con afán todo el aire apelotonado en su pecho. Leo Carvel, obedeciendo a la consigna establecida, se hizo cargo de la bolsa con el instrumental y anduvo por la comba panzuda que formaba la nave, casco abajo, buscando la entrada.

Las suelas imantadas le mantuvieron en posición semihorizontal. Hasta que no introdujo medio cuerpo por el orificio, Bill, bien agarrado el soplete, no osó moverse del sitio. Entonces, encomendándose a Dios y rogando para que no le dejase de su mano, anduvo chascando con las botas, iniciando la curva de descenso. ¡Estrella! ¡De qué forma tan alucinante la recordaba!

El espacio, las constelaciones y el peligro de su propio descenso perdieron importancia. Eran los únicos que podían evitar la guerra cósmica que Garrison pretendía desencadenar. Pero nada importaba, excepto la mujer, su amada, cuyo recuerdo le martirizaba a causa de la incertidumbre. Leo, arrastrándose, había llegado al interior. El joven desmagnetizó una bota, ladeó el cuerpo y se metió en el agujero. ¡Adelante, Bill! ¡Ojo listo y mano rápida!

Los latidos del corazón marcaban ritmo de galope. Los sentía tabalear en el pecho y junto a las sienes. Una vacilación, un retraso mínimo... ¡y todo se echaría a rodar! Meditó, fríamente, en lo que se proponía realizar ¿Sería justo? ¿Estaba en su derecho de atentar contra la vida de un semejante?

Aquel hombre había promovido una revolución y causado víctimas en aras de una venganza neurótica. Convirtió en carnívoro al espécimen para mejor servir a sus fines aterrorizadores. Fue, sino materialmente, el artífice moral del crimen de Dayton y de Lino Fox. A ellos mismos los sometió, despiadado, obligándoles a aceptar el yugo de la complicidad. Se introdujo subrepticiamente en el carguero uránico de la COMPAÑÍA MINERA PLANETAL y pretendía llegar a Kristalgen 18 para cocer una infame guerra universal en el jugo despreciable de los degenerados que habitaban el planetoide convertido en lazareto de enfermos mentales. También pensó, con cierto espanto, en el destino que aguardaba a Estrella Malkon. ¿Eran éstos motivos suficientes para disipar sus escrúpulos?

Lo eran. Apretó los dientes y fue resbalando por el tubo, asiendo el soplete igual que un fusil corto. Leo Carvel, jadeante por el esfuerzo que significaba la variación atmosférica, acababa de dejarse caer al lado de Pío Garrison. Ya podía verlo. ¡Lo descubrió de medio cuerpo hacia arriba! El destrozado rostro, la herida escarlata, el ojo solitario y abrillantado por excitabilidad «fixofilínica». Luego, apreció su pálida diestra, firme y rígida, manteniendo en alto la pistola de rayos. ¡Siempre alerta!

—Han trabajado de lo lindo —comentó Pío—. Yo lo vi. La nave ha quedado como nueva gracias a su pericia... ¡Eh! ¿Qué lleva en las manos, Bill?

El joven no oía sus palabras. Le era imposible escuchar nada externo mientras permaneciese enfundado en el traje protector. Además, quizá tampoco habría podido entender lo que decía porque la

agitación emocional nublaba sus sentidos. Todo ocurrió en un segundo. El tiempo fugaz necesario para abrir y cerrar los párpados. ¡Leo Carvel, hinchando el tórax, se proyectó sobre él de improviso!

El sorpresivo encontronazo le obligó a perder el equilibrio, pero no atrofió sus facultades de percepción. La solitaria pupila relampagueó de cólera... ¡y oprimió el disparador de la pistola!

Bill, agazapado y todavía dentro de la válvula, acababa de apretar el gatillo del astrosoplete, enviando una lluvia de llamas azules sobre el renegado. La electrodescarga melló el reborde circular de la válvula, mal dirigida por la inestabilidad de Garrison, y enceguеció momentáneamente al piloto. Un alarido bestial, incontenible, escapó de la garganta de Garrison cuando el fuego de supersoldadura le abrasó desde la muñeca al codo del brazo derecho. Soltó la pistola, retorciéndose, trastabilló:

—¡Maldita sea su...! —injurió.

Leo agachó la cabeza y cargó igual que un rinoceronte en embestida. El durísimo yelmo se incrustó en el estómago de Pío, que perdió el pie y tuvo que apoyarse en la pared. Sólo entonces, sabiéndose irremisiblemente perdido, llegó a su mente desequilibrada la conveniencia de escapar. ¡Huir! Alusko lo defendería de aquella tentativa de liberación... ¡porque la muchacha constituía el mejor rehén para garantizar su inmunidad!

Iracundo, lleno de violáceas ampolladuras el brazo, pero tan feroz como una bestia salvaje, Garrison corrió por la estancia y se dirigió, sorteando el golpe que Leo trató de propinarle con la bolsa de herramientas, hacia el elevador. ¡Si escapaba de allí la partida estaba ganada para siempre! ¡Volvería a amenazarles, a sojuzgarles sin piedad, y el espécimen se habría merecido con creces el premio humano que representaba para él asesinar a Estrella!

No. ¡Eso nunca! El índice de Bill apretó el gatillo y un largo chorro de fuego azul achicharró la espalda del fugitivo. Las llamaradas prendieron en la carne y volatizaron el tejido de su camisa. Haces de músculos y nervios se fundieron igual que blandísima gelatina. Garrison cayó con fatal golpetazo al suelo y se arrastró, animado por el desespero de la rabia preagónica, hacia la jaula del ascensor ultrarrápido.

No llegó. Era imposible que su organismo resistiese la diabólica inflamación. Quedó en tierra, estirado, con los brazos tendidos a la salvación, pero eliminado para siempre de su infernal mundo de rencores. Un humo negruzco, que olía intensamente a socarrón, esparció nauseabundos vapores en derredor. Pío Garrison, el falso libertador de Ganímedes, jamás volvería a preocuparles.

Leo acudió a su lado, mientras Bill, impresionado por el veloz desenlace, descendía de la válvula. Se quedó clavado en el sitio,

estremecido por el merecido aunque horrible fin del ex técnico y, sólo como imitación a los movimientos del copiloto, empezó a aflojar los sujetadores del yelmo. Cuando se desprendió de él, y aspiró el compuesto oxigenado que exhalaban los respiradores, sintió infinito alivio.

—Ha muerto —declaró Carvel—. El fuego le ha traspasado de parte a parte. Sus restos son una pura llaga...

—No sigas, por favor. Estoy aturdido por lo que acabo de hacer.

—Era su vida o la nuestra, Bill. Algo más que eso. Su vida... o la de muchos otros seres que habitan los mundos del espacio. Con ella acabamos de suprimir una guerra que acaso habría acelerado la extinción de la especie humana. ¿No te das cuenta?

—No hubiese querido hacerlo.

—Ya lo sé. Va contra tus principios. Pero sólo existía una solución y tú la descubriste ahí afuera, en el vacío interestelar. No te aflijas, Bill. La Tierra está en deuda con nosotros por permitirle seguir gozando del control del uranio. Ahora... debemos ocuparnos de nuestros amigos.

—¡Estrella!

—Y Kerman. Puede que Alusko sienta despertar sus instintos carnívoros al prolongarse la ausencia de Garrison. ¿Seguiremos adelante con el plan?

—¿Crees que surtirá efecto?

—Probaremos. Escucha: Yo puedo asumir el papel de Fox. ¡Alusko no dará crédito a sus ojos cuando me vea reflejado en la pantalla! ¡Tú actuarás mientras tanto!

—¡Dios quiera que lleguemos a tiempo! Lo teníamos proyectado de otra forma...

—No ha sido posible. Garrison ya no existe. De nada nos sirve su cuerpo sin vida. Él era el único que podía ordenar a Alusko que saliese... ¡pero todavía nos queda el recurso de resucitar a un fantasma!

—Conforme —Bill comenzó a desembarazarse del pesado traje—. Ve al congelador. Yo me dirijo a la cámara. ¡No te entretengas!

Un recio apretón de manos selló la despedida. El tiempo corría... ¡volaba endemoniadamente! Confiaban en que nadie hubiese escuchado los atroces alaridos de Pío, porque si Alusko poseía un ápice de inteligencia no le sería difícil imaginar la verdad. Leo tomó el elevador y se trasladó a la gélida sepultura que conservaba el cadáver de Lino Fox. ¿Daría resultado la aparición?

Sólo necesitarían cinco minutos, los imprescindibles para que el astrosoplete abriese un boquete en la puerta por el que introducirse Bill. La «cristovegetalina» se resquebrajaría bajo la poderosísima acción calorífica del instrumento. Entretanto, Carvel llamaría por el

telecomunicador y se mostraría con el conocido uniforme del vigilante de la PLANETAL.

Por ello, la sorpresa que pudiese causarle la seudo materialización del hombre que todos creían víctima de la «muerte cerebral» representaba la clave del conflicto. Si el espécimen recordaba que él mismo lo «succiotrepanó» en la sala navegatorial, se quedaría paralizado, estupefacto ante un hecho cuya inverosímil realidad le produciría un impacto efectista. ¡La inmovilidad justa para permitir a Bill el acceso! Y tenía que ser así, puesto que de lo contrario... ¡Estrella Malkon caería la primera bajo los colmillos homicidas!

Sanders respiraba por la nariz, rápido, al tiempo que acortaba la distancia que lo separaba de la cámara de oxigenación. Los efectos perturbadores causados por el dramático fin de Garrison iban cediendo paso a la ansiedad frenética de libertad. Las vigorosas manos aferraban el soplete. ¡Ésta era el arma de su victoria! Realmente, sólo con violencia podían derrotar a los invasores de la espacionave. Hasta entonces, jamás se le había presentado una oportunidad semejante, porque Garrison sólo le dio ocasión de batallar con la dialéctica. Pero todo cambiaba al dejar los enigmas y sumirse en la acción.

Se sabía fuerte. Ahora estaba convencido de que «nadie» conseguiría vencerle. Sólo quedaba en pie una amenaza: Estrella. Irguiéndose ante los terrestres lúgubremente.

Apartarla de Alusko significaba triunfar. Cara a cara con los enemigos, sin lastres morales, Bill no temía las consecuencias. Entraría a luchar, porque él asumía entonces la representación específica de todos los Hombres del Universo. La balanza ya había ladeado el fiel a su favor... ¡Valor, muchacho! ¡Tienes el soplete y «ahora» sabes contra quién vas a pelear! Llegó alterado por sus íntimos estímulos, frente al cerrado aposento que servía de celda a Estrella y al climatólogo. ¿Qué indefinible tortura estarían padeciendo los dos? ¿Cómo se comportaría Alusko lejos de la voz autoritaria de su dueño? Esperó, esperó un instante más. Luego, pegándose a la puerta, se esforzó en captar sonidos a través de la comprimida hoja de «cristovegetalina». ¡El silencio era casi tan absoluto como en el pozo abismal del espacio negro!

Fue Kerman, sobresaltado, quien primero descubrió el parpadeo luminoso sobre los arcos del telecomunicador. Profirió una exclamación espontánea, irrefrenable, porque hubiese esperado cualquier cosa menos una telecomunicación interior. Estrella Malkon apartó los bellísimos ojos del suelo —ya que no osaba mirar a otro lugar por temor a tropezarse con los de Alusko— y notó acelerársele el corazón. ¿Una esperanza? ¿Por qué? ¿Era lógico suponerlo cuando la situación parecía definitivamente resuelta?

El ser extragaláctico, descansando en cuclillas al otro lado de la

pared, captó el movimiento de cabeza del climatólogo y gruñó, ominoso.

—Están llamando.

—Brrr…

—Puede ser tu jefe. Es un aparato igual al que tú cubriste con la mano cuando él nos dirigió su ultimátum.

—No le entiende, profesor —aclaró Estrella—. Sólo conoce el «gercósmico».

—Háblele usted, Estrella. Tengo un presentimiento que…

—¿De veras?

—¡Oh, señor, acabaremos locos de atar!

Los parpadeos seguían, insistentes. Una llamada contumaz, machacona. Estrella, conteniendo la repugnancia, tradujo las palabras de Kerman y el espécimen, obedeciendo con su pereza reptilesca, fue hasta el telecomunicador. Al establecer conexión, la pantalla apareció iluminada… ¡y mostró una figura que debía proceder de ultratumba! El uniforme, la placa de guardián jurado, la pistolera al cinto, el casco de reglamento…

—¡Por Cristo! —barbotó Kerman, incorporándose de un brinco—. ¡Si parece que…!

—¡«Es» Lino Fox! —gritó Estrella, desorbitados los ojos y trémula la boca—. ¡Está vivo!

—Sí… Soy Fox… —dijo una voz áspera, ronca y cavernosa hablando en «gercósmico»—. Ese bicho inmundo no pudo matarme. Lo que él absorbió no fue mi cerebro. Le engañé, porque de este modo he podido acudir en vuestra ayuda y Pío Garrison recibió el castigo que…

Alusko, petrificado a dos pasos de la telepantalla, gurguritó en su idioma nativo. ¡Qué espasmo reflejaba la bocacha carnívora! Los vidriados ojos, más cristalinos que nunca, miraban con la inexpresión de bolas diamantinas al «resucitado». Sus manos palmípedas se abrían y cerraban, al tiempo que algo semejante al sudor, resbaladizo, segregaba gotitas líquidas en la piel viscosa de su cabeza desprovista de materia pilosa. ¡Tenía memoria! ¡Una memoria acaso rudimentaria, tosca, pero inteligente!

Entonces, relampagueando como si un rayo perforase la puerta de la cámara, una explosión de azules lengüetas de fuego agrietó un pedazo triangular de la «cristovegetalina». ¡Bill Sanders y su astrosoplete entraban en acción! La atención de los prisioneros quedó dividida, destrozada por las emociones violentas a cuál más impresionante. ¡Una sacudida nerviosa los obligó a gritar, horrorizados! El grito de Kerman fue apabullante; pero el de Estrella se trocó, simultáneo, en un convulsionado gemido de incomprensible alegría. ¡Era Bill! ¡Bill en persona, que acudía a salvarles!

Alusko giró sobre los pies y actuó como un autómata teledirigido por control remoto. La puerta se desmoronaba en grandes cuajos, astillándose contra el suelo y rebotando en carbonizadas ascuas chispeantes, sus brazos tentaculares, igual que ofidios criminales, lanzaron un cepo asqueroso en pos de Estrella. ¡Si la atrapaba, sería capaz de...!

El profesor Kerman empujó a la muchacha con tanta rudeza, que ésta se desplomó de espaldas. Trató de huir, de escapar y algo húmedo, cálidamente pegajoso, lo atenazó por el cuello. ¡Había caído en poder de la bestia!

—¡No, no...! —jadeó.

—¡Suéltalo, Alusko! —ordenó Bill, levantando el soplete hasta el pecho.

El espécimen abrió la boca, y su lengua dañina culebreó, relamiéndose. Los colmillos brillaban con centelleos fosfóricos, afiladísimos, prestos a hincarse en la nuca descubierta del viejo, cuyos débiles esfuerzos sólo contribuían a envolverle más y más en el abrazo de los tentáculos. ¡Un segundo después sufriría la repelente «muerte cerebral»! Bill saltó como un gamo por encima de Estrella y se plantó a tiro directo.

Apuntó despacio, asegurando el impacto, ya que los forcejeos de Kerman casi le convertían en escudo protector para Alusko. Su objetivo fue la cabeza... ¡y a la cabeza disparó, apretando con energía el gatillo!

El chorro azul, impulsivo, bañó la parte lateral de la rara deforme. Lo mismo que si la epidermis fuese de finísimo panel, ésta se consumió enseguida, y el despellejamiento que abrió la vertiginosa combustión dejó al descubierto su configuración cartilaginosa interna. Un bramido articulado trabajosamente electrizó a los reunidos. El dolor que las quemaduras producían al «humanoide» se hallaba fuera de toda descripción. Aflojó la tenaza y Kerman resbaló hasta quedar de rodillas, medio idiotizado, gateando por el suelo...

—¡Aléjese, profesor! —advirtió Bill—. ¡Voy a achicharrarle!

Alusko daba bandazos de un lugar a otro. Su torpeza de ganso descomunal parecía acentuada después de la rociada ígnea. Giró, indeciso, y sus ojos de nictálope buscaron ansiosamente a Estrella Malkon.

En el primitivo subconsciente del espécimen debían repercutir las órdenes recibidas de Garrison y ahora, a pesar de la herida y el lacerante dolor de las llagas, el deseo de acabar con ella latía poderosamente, invencible.

Vaiveneándose al andar, avanzó un paso, y otro, y otro más... Bill lo encañonó de nuevo y no se apartó. Los gritos aterrados de la joven no hicieron sino afirmar su decisión de eliminar completamente al

enemigo extragaláctico. Gruñidos estropajosos, inciertos palmetazos en el suelo al andar, un estertor dolorido recorriendo la piel reptilesca. Bill se interpuso valientemente en el camino del monstruo. Cara a cara. Nada de traiciones. Hombre contra ente planetoidal.

Una muralla de fuego líquido fue a aplastarse contra el pecho de Alusko, fundiéndolo en pelotas malolientes. Al desgarrarle el armazón del tórax, el tejido que componía su organismo empezó a consumirse entre ruidosos chisporroteos y ríos de espesa sangre verde llenaron de coágulos el suelo. El astrosoplete continuó la flamígera obra de desintegración, reduciendo a una masa paulatinamente más pequeña el encorvado corpachón.

Al fin, falto de vida, se desplomó en medio de la estancia y las llamas azules lo envolvieron, convirtiendo en densa humareda lo que antes fue materia existente y viva. Un amasijo del que brotaban incomprensibles murmullos era cuanto quedaba del ente demoníaco que asesinó a Lino Fox y les hizo vivir la más espeluznante de las pesadillas. Bill dejó de accionar el soplete y contempló la palpitante masa fundida, donde ya no era posible determinar la configuración de sus miembros. Una pasta oscura y rodeada de verde acuosidad. En esto se había transformado el espécimen criminal.

Libres de la amenaza, respirando fuera de peligro y otra vez —ahora rotundamente— dueños de la espacionave, los terrestres se dejaron arrastrar por sus explosivas emociones. ¡Borrados los peligros y zozobras al conjuro de un llamear astrosoplético! Bill miró a Estrella y le tendió los brazos, acunándola amorosamente en ellos cuando la muchacha se precipitó. ¡Qué delicia tan incomparable sentir su cuerpo adorado!

La besó con pasión, con todo el amor de que era capaz, mientras a poca distancia, burbujeantes, los restos anímicos del «humanoide» se derretían lentamente, lo mismo que los postreros rescoldos de una pavorosa hoguera... ¡«para siempre»!

—¡Bill! ¡Bill, querido! —musitó Estrella.

—Tranquilízate... No volveremos a sentir pánicos ni angustias... Hemos vencido cuando la situación se hacía más crítica para nosotros...

—¡Estoy tan impresionada!

—Nada temas.

—Pero, Bill... ¿es que no sabes...? —empezó ella, abrazándose con mayor fuerza y ladeando la cabeza en dirección a la telepantalla, que proseguía encendida—. ¡Lino Fox vive!

—¡Oh, no! —sonrió el piloto, ante el estupor mutuo de Estrella y Kerman—. Por desgracia, Fox no podrá resucitar. Ha sido un truco. Un ardid efectista que Leo y yo preparamos para asustar a Alusko mientras me abría camino a través de la puerta con el soplete. ¡Mira!

¡Ahí tienes la verdad!

En la pantalla, recobrando su característica expresión jovial, Leo acababa de despojarse del casco y les dirigió una amplia sonrisa. Estrella inspiró abiertamente y el climatólogo, pasándose las manos por el rostro, pareció no dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo.

—Fue una imitación excelente —dijo Bill—. Claro que, de haberse prolongado por mucho tiempo, se habrían dado cuenta de la falsedad. ¿Lo viste todo, Leo?

—Del principio al fin —respondió el copiloto—. ¡Lástima no haber tenido ese astrosoplete mucho antes! ¡Felicidades a todos!

—Ven a reunirte con nosotros en la cabina. ¡Emprenderemos el viaje enseguida!

Sí. Habían triunfado. La violencia y la audacia pudieron contra el nefasto dominio de los desalmados. Los restos del espécimen ya no humeaban. Pasó el horror. Pasó la pesadilla iniciada en la sala catorce con el descubrimiento del cubo de uranio cristalizado.

Bill rodeó la cintura de Estrella y la condujo afuera de la cámara de oxigenación. Kerman, ganado por la última sorpresa, todavía permanecía plantado ante la pantalla de telecomunicación, que ya no brillaba con luz propia. ¡Aún dudaba de aquella verdad inaudita y maravillosa! ¡Al fin, libres de Pío Garrison y el «humanoide»!

—Gracias, Dios mío… —musitó con fervor—. Gracias.

EPÍLOGO

La espacionave surcaba a toda velocidad los confines delimitadores del cinturón planetoidal. Atrás, visibles por las telepantallas de observación cosmológica, se iban quedando astros errantes, pequeños mundos sin vida, que motejaban de piedrecillas esféricas la inmensidad inabarcable del espacio negro. El «reino de los enanos» se hundía en la sima del vacío. Pronto entrarían en la zona orbital marciana.

Bill, atento a los mandos, gobernaba el carguero en cuyas bodegas subdivididas se alineaban miles de bloques que representaban riqueza y poderío para la Tierra. Una vez más, los intrépidos «vagaespacios» de la COMPAÑÍA MINERA PLANETAL regresaban al Mundo con la misión cumplida. A su lado, cariñosa, Estrella le acarició los hombros. Leo Carvel, que desde algún tiempo antes manipulaba los reóstatos de la emisora electrónica, avisó:

—¡Ya han captado la onda! ¡Dicen que han estado buscándonos sin descanso! —sonrió con cierta mordacidad antes de agregar—: Y añaden que si todavía pueden servirnos de algo. ¿Cuál es la respuesta, Bill?

—Ahora, de nada nos sirven —refunfuñó Kerman—. ¡Menuda ayuda nos prestó la Policía Interplanetaria!

—Se hallaban demasiado lejos, profesor —repuso Bill, oprimiendo una de las delicadas manos de Estrella—. Por fortuna, nos vimos libres del peligro merced a nuestros propios medios. Dales las gracias —prosiguió, dirigiéndose a Leo— ; pero informa que ya no necesitamos protección. Que los polizones han sido descubiertos… y sometidos. Es mejor no dar excesiva publicidad al asunto una vez resuelto favorablemente. Seguiremos vuelo a la Tierra.

Leo asintió y transmitió la respuesta a la exploronave policial llegada expresamente desde la Base de Phobos. Efectivamente, ya no precisaban los servicios de socorro. El carguero continuó la ruta marcada para las astronaves comerciales y enfiló la proa hacia Marte. Sólo unas diez «jornadas» bastarían para que avistasen el característico Planeta Rojo, y después, como quien dice «un paso más allá», entrarían en la órbita de la Tierra.

—Lo peor de todo es que dentro de poco tiempo volveremos a realizar otro espacioviaje a Ganímedes —comentó Leo Carvel, al dar la clave de despedida y cerrar la conexión—. ¿Se te ha ocurrido pensar lo que sería de nosotros si volviésemos a sufrir las mismas aventuras?

—No sea pesimista —rechazó Kerman.

—Déjelo. A Leo le encanta echar pestes contra cualquier cosa que

pertenezca al sector jupiteriano. Pero esta vez «no reza» conmigo. Venga lo que venga… hazte el ánimo de que vas a afrontarlo solo.

—¿Qué cáscaras estás diciendo, Bill? ¿Es éste tu último vuelo?

—Temo que sí.

—¿Por qué? Siempre dijiste que el espacio era media vida para ti. Que enfermarías de nostalgia el día que ya no pudieses contemplar las estrellas y los astros del cosmos.

—He decidido dedicarme a contemplar sólo a «mi» Estrella.

—¿Cómo…? —rezongó Leo.

—¿Es que no lo comprendes, cabezota?

—Claro que lo comprendo —intervino Estrella Malkon ligeramente ruborizada—. Bill Sanders y yo pensamos seguir en la Compañía, pero desempeñando otros cargos. Hay una cláusula en el Reglamento donde se advierte que los matrimonios no pueden permanecer separados. ¿Lo ignoraba usted, Carvel?

Leo se rascó la nuca y asimiló la explicación de la joven con rostro sonriente. Sí. ¿Por qué era tan tonto que formulaba preguntas capaces de ser contestadas por anticipado? Volvió a sonreír y Kerman, alargando la mano a Estrella, declaró:

—Quiero ser el primero en felicitarles. Merece lo mejor, Estrella. Y usted también, Bill.

—Creo que tendrás que estudiar mucha mineralogía para colocarte a su altura, camarada —apuntó el copiloto—. Ella es una experta en esas cuestiones.

—Ya lo sé. Y siento confianza… porque dispondré de un buen profesor.

—Anda. Déjame el sillón y yo conduciré un rato.

—No me encuentro cansado, Leo.

—Seguro que no. Pero te conviene empezar ya con las lecciones.

Se instaló en el asiento y lanzó una ojeada a los rumbos y graduaciones del salpicadero. El profesor Kerman, muy discreto, fue a hacerle compañía, permitiendo que los enamorados disfrutasen de una relativa intimidad dentro de la cabina. Por ello, cuando sonó el apagado chasquido de un beso procedente de la parte de atrás, el climatólogo se limitó a susurrar:

—No todo fueron sinsabores, ¿eh?

—¡Ahora sí que me va a venir cuesta arriba! ¡Solo… y viajando a Ganímedes por uranio! Dígame, profesor: ¿Conoce a alguien de peor suerte que la mía? ¡El dichoso señor Kusock me jugó una mala pasada trayéndoles a bordo! ¡Palabra de terrestre!

FIN

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO
ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

81. —«Ellos» están aquí, *George H. White*
82. —El enigma de C. O. E., *Profesor Hasley*
83. —La gran amenaza, *Profesor Hasley*
84. —Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling*
85. —¡Piedad para la Tierra!, *George H. White*
88. —Despertar en la tierra, *Larry Winters*
87. —El mundo perdido, *Larry Winters*
88. —La sinfonía cósmica, *Profesor Halsey*
89. —El hombre de ayer, *Profesor Hasley*
90. —Lance King: Pionero del tiempo, *Karel Sterling*
91. —La muerte flota en el vacío, *C. Aubrey Rice*
92. —Cuarta dimensión, *Profesor Hasley*
93. —¡Luz sólida!, *George H. White*
94. —Hombres de titanio, *George H. White*
95. —¡Ha muerto el Sol!, *George H. White*
96. —Exilados de la Tierra, *George H. White*
97. —El imperio milenario, *George H. White*
98. —Topo-K, *Profesor Hasley*
99. —El fin de la Base Titán, *Profesor Hasley*
100. —Pasaron de la Luna, *C. Aubrey Rice*
101. —La amenaza tenebrosa, *J. Negri O'Hara*
102. —El gran fin, *J. Negri O'Hara*
103. —Intriga en el año 2000, *Profesor Hasley*
104. —El extraño profesor Addington, *Profesor Hasley*
105. —Sin noticias de Urano, *C. Aubrey Rice*
106. —Acción inaudita, *C. Aubrey Rice*
107. —El horror invisible, *Karel Sterling*
108. —Más allá de Plutón, *Profesor Hasley*
109. —La revancha de Zamok, *Profesor Hasley*
110. —Situación desesperada, *C. Aubrey Rice*
111. —El experimento del doctor Kellman, *J. Negri O'Hara*
112. —Los habitantes del astro sintético, *Eduardo Texeira*
113. —Los muertos atacan, *Profesor Hasley*
114. —La última batalla, *Profesor Hasley*
115. —1958: Objetivo Luna, *Karel Sterling*
116. —La amenaza de Andrómeda, *Robín Carol*
117. —El silencio de Helión, *Robín Carol*
118. —Ventana al infinito, *J. Negri O'Hara*
119. —El planeta errante, *Karel Sterling*
120. —Regreso a la patria, *George H. White*
121. —Lucha a muerte, *George H. White*
122. —Cautivos del espacio, *Joe Bennett*
123. —Vacío siniestro, *Joe Bennett*

Guy Sourza no podía sospechar siquiera, que aquel vuelo de pruebas a bordo de un caza a reacción iba a convertirse en un sensacional salto de un Universo a otro; como tampoco podía imaginar que en un ignorado planeta perteneciente al «Cinturón N-32» existiera una sola mujer... Una mujer maravillosa que sabía todo cuanto a él concernía. Leyendo

DETRAS DEL UNIVERSO

conocerá la historia de un hombre temerario que descendió a las flamígeras entrañas de un mundo incandescente para salvar a la Tierra de un pavoroso e inminente final.

KAREL STERLING

el inimitable autor de tantos relatos que le asombraron por su trepidante acción y originalidad, cimenta su bien adquirido prestigio entre los lectores con esta nueva novela que con el título de

DETRAS DEL UNIVERSO

ofrecerá en su proximo número la formidable

COLECCION

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas.

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

[1] Recomendamos la lectura de CAUTIVOS DEL ESPACIO, número anterior de la Colección, en donde se inician las aventuras de los personajes citados.

[2] Astronómicamente, el calificativo «macho» y «hembra» aplicado a los asteroides proviene de los nombres con que fueron bautizados por sus descubridores. Así los llamados Antígona, Ariadna, Euterpe, Flora, etc., se consideran «hembras»; y Eros, Agamenón, Hidalgo, etc., «machos». La relación de los mismos resultaría interminable y, aunque existen algunas excepciones en lo tocante a la denominación, la costumbre demostró la conveniencia de aplicarles nombres masculinos o femeninos para su designación.

[3] Siempre que el tiempo se mide empleando unidades usuales en la Tierra, se designa anteponiendo el prefijo «te».